

El jurado de este premio estuvo compuesto por Antonio Javier Jareño Alarcón (presidente); Milagrosa Esperanza Esplugues Megías, Delfina Marco Navarro y Engracia Robles Rey (Secretaria)

© Juan Pardo Vidal
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"
Diseño colección: Victoria Carpena
Imprime: Yeclagrífic, s. l.
I.S.B.N: 978-84-945047-6-1
Dep. Legal: MU-50-2021

La hija del soldado desconocido

Juan Pardo Vidal

A mis padres.

Al contrario de lo que suele pensarse, los más peligrosos enemigos acechan siempre desde una distancia demasiado corta como para permitir que nos defendamos cómodamente.

ÁNGEL OLGOSO

El lunes 15 de septiembre de 2008 Jürgen se despertó con la noticia de que el gigante de inversión Lehman Brothers, una entidad financiera que comerciaba con las hipotecas basura que ellos mismos y otros bancos suscribían y vendían, había quebrado. Sentado en la taza del váter seguía escuchando el runrún de la noticia desde la radio despertador que había sobre la mesita de noche en la habitación contigua. Ya frente al lavabo se cepilló los dientes y exhaló una bocanada de aire caliente sobre la cuenca de la mano para comprobar que el mal aliento había desaparecido. Hizo varias muecas al espejo y, como sabía que las malas noticias nunca vienen solas, abrió la boca para cerciorarse de que no había ninguna sombra de caries en las muelas. Al levantar la cabeza una punzada le atravesó la ceja izquierda, le dolía la cabeza más de lo que habría sido lógico suponer teniendo en cuenta lo que había bebido la noche anterior. El tumor con el que convivía desde hacía años punzaba como un amante celoso, le reprochaba que de un tiempo a esta parte no le prestaba la atención que merecía. Parecía estar llamando con los nudillos a una puerta que permanecía cerrada, justo encima de la ceja, era una zona indeterminada entre la frente y el nacimiento del pelo. Cerró un ojo. Preparó un café bien cargado y se sentó frente a las cristaleras de la terraza a ver el sol que había asomado sobre la línea azul del horizonte,

el mar tenía un azul oscuro intenso, metálico.

En la radio las señales horarias anunciaron que eran las 7:30 de la mañana. Cogida con ambas manos se acercó la taza de café a la nariz e inhaló los vapores mientras estuvo muy caliente, observó un velero que se alejaba de la ensenada navegando en bolina, ceñía contra el viento, a pesar de eso avanzaba zigzagueando. Supuso que en la sucursal le esperaba un día muy parecido.

En la oficina el teléfono sonó durante toda la mañana, la sien le palpitaba, todo el mundo quería saber qué demonios pasaba. Con el hombro izquierdo sostenía el auricular mientras con el ratón en la mano derecha entraba y salía de las páginas que aparecían, una tras otra, en la pantalla del ordenador que tenía delante. Atravesadas por haces de luz las noticias que anunciaban la crisis y las partículas de polvo que flotaban en el aire se hacían visibles. La Bolsa se desplomó. Llamaron por la otra línea y le dijeron que quien había muerto no había sido ese banco de inversión, sino su madre. Su madre.

Una delgada línea eléctrica le atravesó de nuevo la frente produciéndole un intenso dolor que duró sólo un instante. Se masajeó la ceja derecha y los movimientos circulares de los dedos aliviaron esa zona donde el impulso había terminado su recorrido devastador. Permaneció en silencio unos segundos, los suficientes para que su interlocutor, desde el otro lado de la línea telefónica y sin otro objetivo que asegurarse de que no se había interrumpido la comunicación, repitiera dos veces «¿sigue usted ahí?». El tumor se desvaneció y Jürgen respondió que sí al policía judicial con el que hablaba por teléfono. Luego, dijo que no sabía si ella padecía alguna enfermedad.

—No teníamos mucha relación, ¿entiende? ¿Está segura de que es ella?

—¿Es usted Jürgen Schröder? —preguntó con faltas de ortografía.

—Sí.

—Pues entonces ha de acercarse a la morgue de Lanjarón para confirmar que, efectivamente, se trata de su madre.

—Vivo en San José, un pueblo de Almería, estoy a tres horas en coche de allí. No sé cuándo podría llegar.

—¿Sabe si estaba enferma?

—Le repito que no teníamos relación pero, que yo sepa, mi madre nunca estuvo enferma. Jamás. Es verdad que había bebido y consumido, el control de sangre va a ser muy divertido, sin embargo yo no recuerdo que acudiera ni una sola vez al médico.

—Entiéndame, no está usted obligado a venir, pero no me consta que exista ningún otro familiar de la fallecida. Nos ha costado trabajo dar con usted.

—No, no hay nadie más.

Cuando le han comunicado que su madre había muerto, Jürgen no ha preguntado nada, ni cómo había ocurrido, ni si la causa de la muerte había sido un accidente o una larga enfermedad, nada, no le ha asaltado ninguna duda y tampoco ha tenido ganas de llorar. Hay dos clases de tristeza: una es seca, adusta y silenciosa, tal vez viaja hacia dentro; la otra, en cambio, es húmeda y hace ruido. Ésta última puede confundirse con la desesperación, ésa es la que provoca las lágrimas. Las lágrimas guardan una relación más estrecha con la impotencia que con los recuerdos. Cuando le han comunicado que su madre había fallecido, en lugar de pensar en cómo habría ocurrido, o en

qué estaría haciendo ella en ese momento, o si en el último segundo de su vida le habría dedicado un pensamiento, cuando le han dicho que su madre había muerto se ha acordado del momento de la traición. Normalmente no frecuentaba ese cajón donde se guardan los recuerdos, pero esta vez sí que lo ha hecho, se ha ido directo hacia el cajón y lo ha abierto, ha tirado tan fuerte del asa que casi se le cae dentro de la cabeza. Eso ha sido lo primero que ha pensado, el momento exacto de la traición.

Jürgen tiene tres días para olvidarla. Son pocos días para olvidar a una madre pero es que no tiene más, tal vez incluso le sobre alguno. Tres días es el permiso que le han dado en el banco por el fallecimiento de un familiar de primer grado.

—Anda que tu madre no podía haber elegido otro día para morirse. Ya le vale.

Seguro que algún compañero de trabajo ha murmurado que él no debería disfrutar de esa licencia, casi todos saben que llevaba muchos años sin tener contacto con ella.

Trabajar como bancario no es algo muy usual para el hijo de una hippie de origen alemán. El inglés y el alemán fluidos fueron fundamentales para conseguir una plaza en la sucursal de San José, en el corazón del Parque Natural de Cabo de Gata. El alemán fue su lengua materna, el inglés lo aprendió de una pareja de su madre.

Jürgen creció en una caravana con las ruedas pinchadas, estacionada en el camping de Órgiva. Desde niño tenía el pelo largo y un pendiente en la oreja, vestía como un pirata infantil. Durante los últimos años se ha ganado la vida vestido con chaqueta vendiendo planes de ahorro y fondos de inversión en un local con el aire acondicionado innecesariamente alto. No

había que ser diplomado en Empresariales —y él lo era— para saber que se aproximaba una crisis, y tampoco había que tener mucho sentido de la moralidad para estar seguro de que lo que hacían no estaba del todo bien, por mucho que el director los presionara hablándoles de objetivos y de que no era cosa suya, de que si fuera por él, ya ves, pero es que esto viene de arriba y, o colocamos estos productos —cada vez que oía esa palabra no podía evitar pensar en alimentos envasados—, o nos ponen a todos de patitas en la calle y nos sustituyen por máquinas o por becarios. Es lo que hay.

Esa frase quería decir que había terminado la conversación. Es lo que había.

Nadie vio venir la ola, el tsunami que arrasó los días felices de mucha gente, había que buscar un culpable para la crisis, una razón, un algo. Jürgen no estaba preocupado, pensaba que si lo despidieran podría montar una tienda de menaje con los ahorros que tenía y centrarse definitivamente en el mismo trabajo que venía desempeñando hasta entonces: vender ollas y baterías de cocina.

Tras la caída de Lehman Brothers ha tenido ganas de decirle a todo el mundo «os lo dije». Cualquiera quiere decir «os lo dije» si se presenta la ocasión oportuna para hacerlo, es un deseo irrefrenable, cualquiera ve venir el futuro después de que haya llegado, cualquiera puede adivinar el pasado. Pero él y su tumor presintieron la crisis antes de que ocurriese y pusieron a la venta lo poco que tenían. Se deshicieron de las acciones y los fondos de inversión que ellos mismos habían suscrito durante los años de bonanza, también del apartamento en el puerto que habían comprado, tres años atrás, con una hipoteca a bajo interés para empleados. Ahora Jürgen vivía de alquiler en un

lujoso chalet en la zona norte de San José. El salón con el suelo de madera oscura y envejecida estaba acristalado de tal manera que sentado en él se podía contemplar toda la bahía, era una estampa tan hipnótica como el fuego de una hoguera. El precio del alquiler fue irrisorio teniendo en cuenta las características de la casa, el propietario buscaba a alguien de confianza, alguien del pueblo que cumpliera algunas condiciones. La principal era la de convivir y cuidar de su perro durante los últimos años de su vida. Un labrador de color chocolate con dieciséis años de edad, medio ciego y dolorido de los cuartos traseros, un buen perro, amable, había vivido en esa casa durante tanto tiempo que el dueño, al tener que trasladarse por motivos de trabajo a Madrid, no quiso que el animal tuviera que pasar los últimos años de su vida encerrado en un lujoso piso de 80 metros en el centro de Madrid, lejos de su hogar. Cuando era joven había sido el lazarillo de su hermano invidente, sabía echar la patita y ladrar cuando oía la palabra gato. Cuando escuchaba las llaves de Jürgen tintineando al abrir la cerradura de casa se acercaba a la puerta tan rápido como se lo permitían sus caderas, movía el rabo con insistencia y decía, con unos ladridos algo roncós y apagados, hola, en perro. Lo sacaba a pasear dos veces al día, renqueante por el camino de tierra que hacia el oeste conduce hasta la Playa de los Genoveses por la ladera de la montaña. Volvía a casa, exhausto, veinte minutos después y dormitaba el resto del día, cambiando de una habitación a otra, según la hora del día y los rayos de sol que entraban por los grandes ventanales. A veces ni siquiera se levantaba cuando escuchaba el frufú de la bolsa de pienso al agitarla.

El chalet, encaramado en la colina oeste, frente a la bahía de San José, era una propiedad delegada del perro y Jürgen

no era más que su invitado, un asistente social que lo cuidaba, una enfermera, eso siempre lo tuvo bien claro. Brown era su casero, el perro más listo y más viejo que había en San José y en el mundo, a veces Jürgen le hablaba en alemán y a veces en inglés, pocas veces le decía algo en español, Brown entendía los tres idiomas o ninguno. A pesar de que sólo llevaban dos años conviviendo juntos, Jürgen había acabado amándolo tanto como si hubiera estado a su lado toda la vida.

La otra condición para vivir en esa casa con un alquiler tan asequible era la de dejar libre la vivienda durante el mes de agosto y las vacaciones de Semana Santa y Navidad para que el propietario la ocupara. Durante ese tiempo él se trasladaba a un piso en el barrio del Zapillo, también frente al mar, cerca del centro de la ciudad. A pesar de que sólo lo usaba durante los periodos de vacaciones y en las contadas ocasiones en las que viajaba a la ciudad, mantenía el piso compartido a medias con un amigo. La población donde trabajaba tan sólo estaba a unos cuarenta minutos en coche y esto no suponía un problema insalvable para él.

Intentó sonreír y le salió una mueca, pensó que desde hacía mucho tiempo sólo se había equivocado en todo. El tumor quiso animarlo, «venga, Jürgen, arriba», le dijo. En cambio su cerebro, que era más pesimista y procesaba los datos más lentamente que el tumor le susurró, «te lo dije». A veces podía pensar dos cosas a la vez, simultáneamente era capaz de compatibilizar un pensamiento determinado y su contrario. Él sabía que una de las posturas era un razonamiento de su cerebro, y la otra la opinión del tumor que desde los tiempos de la universidad se alojaba en una zona bien localizada cerca de la sien derecha. Calculaba que debía de tener ya el tamaño

de un huevo pequeño del Mercadona. Un huevo que había sido antes que la gallina.

Mientras terminaba de anotar un ingreso en caja ha reparado en que si ha de ausentarse del banco durante unos días tendrá que pedirle a su vecina, la señora Pell, que cuide de Brown. Es una mujer de unos sesenta y cinco años, resulta difícil aventurar su edad, no viste como una mujer mayor, es delgada, con una belleza que se resiste a marcharse, nunca va maquillada y tiene el pelo largo, completamente blanco, cogido con una cola alta como si tuviera treinta años, siempre usa gafas de sol, incluso dentro de casa. Jürgen le ha dicho infinidad de veces que se case con él, pero ella se ríe halagada y no hace mucho caso a sus zalamerías.

—Yo ya estuve casada contigo, pero no te acuerdas porque tú entonces eras muy joven —le dice.

Siempre le responde algo incomprensible, tiene ese encanto de lo inasible. La señora Pell también tiene un perro, se llama Ed, es un animal muy inteligente, un border collie de la edad de Brown, dice que es exactamente igual a uno que tuvo hace ya muchos años. Los dos perros viejos, Brown y Ed, salen a pasear como salen los ancianos a los parques, se cuentan sus achaques, se huelen el culo y se gruñen cuando un arrebatado de vitalidad pasajero les hace molestar al otro. Jürgen ha de pedirle a la señora Pell que cuide de Brown durante su ausencia, no le cabe ninguna duda de que aceptará encantada. Jürgen la llama por teléfono y le cuenta lo sucedido.

—¿Qué pasa, Jürgen?

—Acaban de comunicarme que mi madre ha fallecido. Podría usted cuidar de Brown en mi ausencia. He de ir a un pueblo de Granada. Tardaré unos días en volver.

—Claro, que sí, por supuesto.

—Es usted un cielo, cátese conmigo.

—Quizás en la próxima vida.

—Pues en la próxima vida preferiría ser su perro que su marido. A su perro no lo abandonaría nunca.

Escucha la carcajada por el auricular del teléfono. Se ríe muy bien, sabe hacerlo. No es fácil reírse con clase.

—Jürgen, tú serías un buen perro —añade— porque eres listo y porque no se puede amar a un tonto. Además, ya tienes nombre de perro.

Se ha quedado mirando fijamente hacia la puerta de la sucursal bancaria donde está trabajando, aunque en realidad no la ve, lleva un buen rato sin parpadear y los ojos le lagrimean, no es que esté llorando, no. Casi nadie lo llama Jürgen, sólo su madre lo hacía. Desde Primaria todo el mundo lo conoce como Jota, así lo llamaban en Órgiva, el pueblo de la Alpujarra granadina donde se crio, y así lo nombran en la oficina de San José donde trabaja. Encantado, mi nombre es Jürgen, pero todos me llaman como Jota. En ese momento alguien pronuncia su nombre y se sobresalta, «Eh, Jota, abre la puerta, joder, que están tocando el timbre, ¿es que no lo oyes?». Un cliente que hacía cola dentro de la sucursal se acerca a la puerta y gira la manivela antes de que a él le dé tiempo a pulsar el botón que acciona el mecanismo para que ésta se abra. La señora que esperaba fuera lo mira con cara de mala leche, como diciendo «ahí podía seguir yo todavía». Jota no la ve porque sigue sin parpadear. Piensa en su madre, y cuando lo hace no puede evitar ir directo al momento de la traición. Recuerda con nitidez el instante en el que ha comprendido lo que estaba ocurriendo, ése es el momento al que regresa una y otra vez. No tanto a la

traición como al segundo preciso en el que la comprende. Ése en el que todo encaja y el futuro se revela, ése que percute en la memoria, pum, pum, como el tumor. Es un problema de expectativas, siempre es un problema de expectativas, Jürgen no esperaba eso y, sin embargo, eso ocurrió. Nadie esperaba la crisis y, aun así, es lo que había sucedido.

Lo único que recuerda de aquel día con su madre es una imagen, la del abrazo. Combinada ésta con un número grabado en su memoria, como si el dolor, en vez de en punzadas, pudiera medirse en unidades de millar, pongamos 2.000 traiciones. El número es 2.000. Siempre es una cuestión de números, es sencillo si sabes contar. Pero eso son muchas traiciones para un hijo, dos mil, piénsalo bien, anda, y si eres capaz cuéntalas con los dedos de las manos, verás que no te salen las cuentas, son muchas, hay un descuadre.

De aquel día Jota sólo quiere rememorar ese instante, el del abrazo, el resto no le importa. Le sorprende estar recordando sin rencor y, a la vez, de una manera tan diáfana que puede volver cada vez que quiere a ese preciso instante en el que comprende lo que ha ocurrido, puede rebobinar su memoria como si fuera un aparato reproductor, pasar las imágenes de delante hacia atrás, son muñecos ridículos, los detiene, pulsa, es capaz de saltar algunas escenas y reproducir otras a cámara lenta, recrearse en los detalles: la guardia civil entrando en la caravana vestidos de guardia civil, un registro, una orden judicial, un amigo de su madre durmiendo la mona en el sofá y su madre corriendo hacia Jürgen para abrazarlo, solloza, hijo mío, ven aquí, protegiéndolo o escondiéndose detrás de él, está descalzo, ella es más baja, Jürgen sólo tiene 17 años pero ya mide casi 1'90, tiene el cabello rubio y un tatuaje en el hombro

que le sube hasta ser visible por encima de la camiseta, cerca del cuello. Es guapo, tiene la nariz griega y las mandíbulas prominentes, no parece español, ya se ha acostado con muchas niñas bien de Capileira, de Yegen, de Pórtugos, de Órgiva, se ha acostado con hijas de agricultores, con hijas de hippies, con hijas de alcaldes. Un abrazo. Te quiero. Mamá, tranquila, tranquila. Y entonces no darse cuenta de lo que estaba pasando en realidad. Luego, llega el momento en el que la policía lo cachea y la bolsa de cocaína aparece en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero, 25 gramos. Y la mirada acusadora de él hacia la madre, sin palabras, con ninguna palabra le pregunta «quién ha puesto eso ahí, madre, ¿has sido tú?».

Y ya no recuerda nada más, como si el resto se hubiera borrado de su memoria. De eso hace ya dieciocho años.

Después todo ocurrió muy deprisa, su ingreso en un centro de menores de Almería, los educadores sin corazón no eran lo peor allí, los más peligrosos eran los que sí lo tenían, los que querían ayudarlo, esos podían hacerle mucho daño, hay que tener mucho cuidado con el amor, eso ya le había quedado claro a Jota.

Pronto se supo la verdad, no había ni una sola huella de él en la bolsa de coca, fragmentos de huellas digitales de aquel tipo y también de su madre. Jota quedó libre sin cargos, su madre y él ingresaron en prisión. Jürgen siguió residiendo en el mismo centro en el que había sido internado acusado de tráfico de estupefacientes, pero ahora en régimen abierto, un caso raro, no había dónde meterlo. En 1990 la Junta de Andalucía no disponía aún de un sistema de pisos de acogida o residenciales para varones cercanos a la mayoría de edad, su caso era único, tenía 17 años y ninguna familia extensa que

lo acogiera. Estaba en un centro de reforma para menores delincuentes, pero en régimen abierto, era libre dentro de una cárcel. Su madre tendría que pasar seis años en prisión por un delito contra la salud pública y él un año viviendo libremente en una cárcel para menores. Un año después cambiaría de domicilio hasta que terminó sus estudios.

Su habitación estaba en la última planta, nadie reparaba en él, tenía libertad para entrar y salir, estudiaba si quería y comía si tenía hambre, en ese sentido su vida no había cambiado demasiado, a su alrededor todo el mundo tenía férreas normas, él muy pocas. Años atrás, en casa tampoco había normas, solo una, no salir de casa —de la caravana— sin la cartera y el DNI. En eso es en lo único en lo que su madre siempre fue inflexible. ¿Llevas la cartera, Jürgen? Ella pensaba que si tenías un accidente era importante que los médicos y la policía pudieran identificarte, creía que de no ser así, te enterrarían en un cementerio sin lápida como seguramente hicieron con su padre, un soldado alemán de la Luftwaffe que durante la Segunda Guerra Mundial desapareció en una misión aérea sobre territorio español y cuyo cadáver jamás fue identificado.

Jürgen, aunque por razones bien distintas, compartía con su madre el hecho de no haber conocido a su padre. El abuelo de Jürgen contrajo matrimonio una semana antes de incorporarse a filas, a los dos amantes no les dio mucho tiempo a ser felices, ni a ser infelices. Con sólo veinte años, seis meses de noviazgo y una semana casados, sus abuelos se despidieron en Berlín y prometieron que volverían a encontrarse allí mismo cuando terminara la guerra, pero no lo cumplieron. Para entonces la madre de Jürgen ya estaba dentro del vientre.

Poco más de cincuenta años antes de que la guardia civil

entrara en la caravana de Jürgen, un 1 de septiembre de 1939 los alemanes iniciaron el primer ataque sobre la ciudad polaca de Wileun. El abuelo de Jürgen marchó al frente y escribió una carta a la semana durante un año, conoció a su hija a través de una fotografía, luego llegó el silencio. La madre de Jürgen es la hija de ese silencio. Jürgen es el nieto de ese silencio.

Tal vez Jürgen empezó a estudiar Empresariales para que su madre supiera que había fracasado en la educación que había pretendido darle —si es que pretendió darle alguna—. O quizás eligió esa carrera para que su madre supiera que tenía un hijo materialista, más preocupado por los extractos y los balances económicos que por la ecología. O simplemente lo hizo por venganza, ni él sabía por qué, no se le ocurrió otra forma de odiar, no sabía cómo hacerlo.

Empezó con cierta apatía Ciencias Empresariales y, aunque sin brillo, consiguió terminarla en los tres años que entonces duraba la diplomatura. Aquel mismo verano encontró un trabajo de camarero en un restaurante de La Isleta del Moro, una pequeña población en el Parque Natural de Cabo de Gata,

*Extraño tanto mar, raro este cielo
desgranado de luz sobre la Isleta,
ajeno a este naufragio que se crece en la orilla
en cabos,
jarcias,
mástiles,
jirones de velámenes,
armaduras y redes
que simulan encaje en la escollera,*

*duelas con algas,
pequeñas almadías despobladas
sobre la espalda azul del exterminio,
raro este cielo para ser de mayo,
ajeno a este dolor de siglos en la playa.
Tanto mar y de golpe,
tanta historia y vencida,
ya corazón mojado sobre el abra,
ya mensaje dormido, preterido,
en la Bahía de los Genoveses.
Y no sólo el desierto sino dónde tus ojos,
sino tus manos lejos
y cuándo tu cintura presentida
por entre los hachones vigías de las pitas,
desde las atalayas del silencio,
no sólo ya las dunas sin
espejismos al cabo,
restos de la memoria del misterio.
A dónde, dime, a dónde,
si todo está dormido,
si he quedado en la arena como lengua de agua
y la sed permanece mientras llega La Nube.
Inútiles las manos que desde las palmeras
pretenden el abrazo de un horizonte roto
a donde tu recuerdo se avecina.*

Así era la población almeriense de La Isleta del moro para Jürgen muy pocos años antes de que Javier Egea escribiera allí Troppo Mare. Ya entonces aquel poema flotaba en el aire. Jürgen trabajaba de 5 de la tarde a 12 de la noche, se

ocupaba de las cenas en las mesas del embarcadero, ayudaba en cocina y en el comedor de dentro si la noche era floja. A la 1 de la madrugada ya estaba en algún pub de moda de San José, a veces en El bar de Jo, un garito en el que desde hacía poco tiempo se reunían unos amigos moteros a beber y a escuchar rock, una especie de cortijo al aire libre al que se accedía por un camino polvoriento frente al castillo de Escullos, materiales reciclados, bañeras, palets, techos de hojas de palmera y rollos de cable eléctrico que hacían las veces de mesa para poner las latas y los vasos de plástico. Joe Strummer, el líder de la banda The Clash, a menudo celebró allí su cumpleaños. Por increíble que parezca, Joe Strummer tuvo una ferretería en la zona. Años después Antonio Jesús García habría de contárselo al mundo en un documental.

Compartía piso con otros tres chicos que también trabajaban en la hostelería. El sueldo del primer mes, más lo que tenía ahorrado —recibía una pensión muy parecida a la que recibiría un huérfano— le dio para comprar un coche de segunda mano, un Volkswagen —en alemán, literalmente, coche del pueblo—, un Passat con 300.00 kms y muy pocas expectativas de tener una vida longeva. Era un coche muy feo y muy viejo, que corría por encima de sus posibilidades y que gastaba combustible por encima de las de Jürgen. Le compró una tapicería ajustable a los asientos de atrás para poder lavarla de vez en cuando y que no oliera a sexo. Al apartamento que compartía, y que había alquilado con otros camareros, no podía ir con las chicas que conocía, así que terminaban siempre en alguna playa cercana o en el asiento trasero del coche. Había costa y lugares solitarios para aparcar sin ser molestados, el turismo no había desembarcado en el Parque Natural como en

la actualidad. La Isleta, Las Negras o San José eran aún sitios con encanto donde la vida transcurría a otra velocidad y si bien en verano la población aumentaba, el número de turistas era absorbido sin demasiado impacto. La primera línea de playa no estaba tomada por las autocaravanas y en los suplementos dominicales de tirada nacional apenas se había hablado de la Playa de los Genoveses, de Mónsul o de la cala de San Pedro, produciendo con ello un efecto llamada. Todo era parecido a como es ahora, pero no exactamente.

En la Isleta siempre hacía mucho de algo, o mucho frío, o mucho calor o mucho viento o mucho ruido o mucho silencio. En septiembre La Isleta se convertía en un pueblo fantasma con unas puestas de sol verdaderamente hermosas sobre la sierra. Tras la M que el volcán de los frailes dibujaba a poniente rebotaba la luz sobre las nubes pintándolas con una amplia gama de rojos y naranjas en las puestas de sol. Desde la terraza del restaurante La isleta, junto al embarcadero, el espectáculo gratuito se repetía un día tras otro con ligeras variaciones que dependían casi siempre de las nubes. Cuando terminó el otoño lo llamaron para una sustitución en la sucursal de una entidad bancaria de la cercana población de San José. El conocimiento de la zona, su titulación en Empresariales, el dominio fluido del alemán e inglés en un pueblo tan turístico, junto a la expansión que en ese momento estaba experimentando esa entidad, le permitieron acceder a un puesto de trabajo bien remunerado como bancario.

A pesar de que ya no tenía la necesidad de ganar un dinero extra, siguió trabajando en la hostelería, al menos un día durante el fin de semana, poniendo copas en algún pub de moda de San José. Era guapo, rubio, de aspecto ario, dominaba varias

lenguas, tenía experiencia, era de fiar con el dinero, todo eso hacía que fuera lógico que no le faltara el trabajo detrás de una barra. En realidad no lo necesitaba, tenía más dinero del que podía gastar con su sueldo de empleado de banca y sin cargas familiares, pero trabajar de camarero era, por un lado la manera más sencilla de ligar, y por otro una forma de decepcionar a su madre actuando como un capitalista avaricioso. Lástima que ella no pudiera verlo.

Compraba caprichos y consumía productos que no necesitaba, invirtió en Bolsa y en Fondos. Junto a varios camareros se quedó con el traspaso de un chiringuito cercano al mar. El dinero entró a buen ritmo y Jürgen supo reinvertirlo en una vivienda en San José, en ella residió un tiempo. Poco después recibió una buena oferta y la vendió para obtener beneficios y suscribir más Fondos de inversión y comprar otra vivienda que rehabilitar. Tenía 28 años y el sexo se había convertido en una competición. Sería ridículo pensar que ser guapo no le había abierto muchas puertas y muchas piernas, Jürgen no parecía actuar como un engreído ante las chicas, aunque lo era, en realidad era un capullo. Es verdad que un halo de tristeza lo envolvía y que esto le hacía tener aún más éxito. Cuando terminaba de hacer el amor se sentaba y limpiaba los zapatos o las zapatillas deportivas de las que se había descalzado. Era un gesto compulsivo que en apariencia podía resultar vacuo pero que estaba cargado de un simbolismo que ni él mismo comprendía muy bien. El sexo es el territorio de la mentira. Nadie dice exactamente lo que piensa con su pareja, ni con sus amigos, nadie habla con sinceridad del pasado, se guarda en oscuros cajones lo que incomoda o lo que realmente se ama. O ambas cosas.

Cuando su madre ingresó en prisión, y él pasó a residir en el centro de menores, no imaginaba cómo sería el futuro, ni siquiera se lo planteaba. Hay cosas de las que no se habla en un centro de menores y otras de las que no deja de hablarse. No se habla del futuro ni se habla de cuando uno ha sido un cobarde, ni de cuando han abusado de él siendo un niño, nadie habla de eso, eso nunca ha ocurrido. Los abusos se producen normalmente en el entorno familiar más cercano, ¿quién puede hacerte daño sino los que más quieres? No hacen daño las palabras de los que no conoces o no te importan, sólo los amigos o los seres queridos tienen ese poder. No hay por qué hablar de todo eso. Tanto hablar, qué manía. Cuantas más lenguas se dominan, menos se habla y más se escucha.

Aprendió inglés a la vez que aprendió otras cosas que ha conseguido olvidar. La mejor manera de superar algo no es sacarlo a la luz, sino enterrarlo en un lugar seguro. Jota nunca habló a nadie de aquel abrazo de su madre. El asunto del abrazo sólo lo sabían los educadores, ellos sabían cosas de su vida porque estaban escritas en un informe de los Servicios Sociales, seguramente era un informe muy detallado, escrito con un cortaypega por una psicóloga a la que había visto quince minutos una sola vez en su vida. Usaría los datos que los Comunitarios le habían proporcionado para redactarlo con palabras muy acertadas. Su vida estaba allí, impresa. Una cosa detrás de otra, que si la familia monoparental, que si los hábitos no normalizados de vida, que si el camping y las parejas de su madre, que si las conductas inapropiadas, que si muchas horas solo en el domicilio familiar por el trabajo de camarera de ella —diría domicilio familiar, y no caravana—. El informe también recogería las sospechas de tráfico de estupefacientes a

pequeña escala, las notas brillantes en el colegio. Era toda su vida puesta en fila india, unas palabras detrás de otras, como si todo se hubiera reducido a eso, a palabras. Alguien indiscreto había estado figgando por el ojo de una cerradura y ahora lo contaba todo sin pudor.

La traición es un número, ya lo he dicho y lo voy a seguir diciendo durante todo este relato porque tiene que quedar bien claro y porque he venido aquí a hablar de eso, de la traición. Causar dolor es un superpoder que sólo tienen aquellos a los que amas. La traición es asunto de todos, tarde o temprano te despiertas en la cama al lado de la traición y, como tras un día de fiesta y de resaca, no recuerdas si hiciste el amor con ella o si te quedaste dormido antes de hacerlo. Pero allí está, a tu lado, tiene tu número de teléfono, volverá a llamarte. La traición abriga, es la falda de una mesa de camilla, el dolor ofrece un lugar caliente, permite que te ovilles a su costado, te protege, es una manta tejida con los hilos de la decepción.

A los tristes les gustan las camas, Jota nunca durmió bien, ni siquiera cuando era un bebé, eso le contaba su madre cuando no estaba tan muerta como ahora y el momento de la traición aún no había llegado. Su madre lo amaba, como todo el mundo ama, a su manera, y creyendo que ésa es la mejor y la única forma de hacerlo. Porque ella no todas las noches escondía una bolsa de cocaína en el bolsillo trasero de su pantalón, al contrario, por la noche lo metía en la cama, lo besaba en la frente y lo arropaba porque sobre el techo de la caravana silbaba el viento y fuera hacía un frío que pelaba. A veces, por eso, dormían en la misma cama, abrazados. Jota le preguntaba que quién era su padre. Al principio lo decía para saber la verdad, por pura curiosidad de niño que no

comprende por qué razón es el único de la clase que no tiene, ni ha tenido, padre, ni siquiera estaba muerto. Pasado un tiempo comprendió que su madre jamás le contaría la verdad. Cada vez que insistió, ella le contó con templanza una historia diferente. Las primeras veces esto debió de exasperarlo, sin embargo pronto supo que no era una burla, sino una forma de hablar con él, de compartir las anécdotas curiosas que el día le había ofrecido en el trabajo, una especie de extraño cuento para entretenerlo cuando se iba a dormir, porque la televisión era muy pequeña y se veía fatal. Historias que, en realidad, él nunca creyó y que no siempre fueron apropiadas para su edad. Hubo días en los que su padre fue maestro, camionero, aviador o vendedor ambulante, eso según. Cada vez que él preguntó, ella le narró la verdadera historia de quién era realmente su padre. Luego, dejó de hacerlo.

—Promete que no se lo dirás nunca a nadie.

—Te lo prometo.

—Confío en ti —y hacían una cruz con el pulgar y el índice, y los besaban haciendo ruido con los labios.

—Lo juro.

—Pues has de saber, Jürgen —y bajaba la voz como si esta revelación fuera un secreto que no debería caer en manos del enemigo— que tu padre fue un señor muy gordo que se había sentado en la mesa del fondo del restaurante donde entonces yo trabajaba, en Yegen, la que da al ventanal y desde la que se ve todo el valle, sabes cuál es ¿verdad?, pues en ésa. Rechazó el menú el hombre gordo, tu padre gordo, y pidió comer a la carta. No me explico cómo tú eres tan flaco, debes de parecerte más a mí. Jürgen con los ojos muy abiertos, sorprendido como un niño porque era un niño, y ella contando que pidió ocho

platos, ocho, madre mía, Jürgen. Caracoles, plato alpujarreño y consomé. Almorzaba muy despacio, uno detrás de otro, sin prisa pero sin pausa los platos iban desapareciendo, no se manchaba las manos, sabía comer muy bien, apenas se ensuciaba los labios y cuando lo hacía se limpiaba con cuidado la boca, como si conversara con alguien que estuviera justo enfrente de él en la misma mesa, aunque estaba solo. No tomaba grandes porciones y los carrillos no estaban llenos de comida, no parecía un glotón. Hacía círculos frotando el pulgar con la yema del dedo índice y corazón para que se desprendieran las pequeñas migas de pan que se le hubieran adherido al morder una rebanada. Tenía en la cara un gesto de amor y de agradecimiento, me miraba disimuladamente cada vez que se llevaba el cubierto a la boca, me di cuenta. Le gusté mucho, eso estaba claro desde el primer entrante. Luego un revuelto de setas y después chuletillas de cordero a la brasa con una salsa picante cocinada con pimientos rojos y guindillas, dos flanes de vainilla caseros, una calatrava y un huevo frito como postre, eso pidió para terminar tu padre, Jürgen. Aunque entonces aún no era tu padre, era sólo el señor gordo sentado frente al ventanal desde el que se ve todo el valle, un cliente.

Estaba muy colorado por la jarra de vino que se había bebido mientras comía. Me hizo sonreír el hecho de que, cuando le pregunté qué quería de postre, respondiera «un huevo frito», eso me conquistó y no pude contener una carcajada. «Qué guapa se pone usted cuando se ríe, se ríe muy bien», me dijo. Y yo le pedí al cocinero que me dejara freír el huevo para que le salieran los bordes crujientes, me aseguré de coger uno de los que nos trae la señora Carmen, porque tienen la yema roja de picotear las gallinas los restos de ensaladas y de macarrones

—le guardábamos los desperdicios del restaurante— y estaban mucho más buenos. Lo freí en aceite de oliva con dos dientes de ajo y ¿sabes Jürgen?, viéndolo mojar la yema me pareció que era un buen hombre. En ese momento supe que se podría ser feliz con él, así que le dije que iba a terminar pronto mi turno de trabajo y que lo invitaba a tomar un café con sacarina en la caravana. Cuando subió en ella, toda la caravana se inclinó hacia un lado. Horas más tarde se marchó y prometió que volvería, que viviríamos en una casa como todo el mundo, que tendríamos jardín y en verano sembraríamos calabazas y maíz, pero algo debió de pasarle mientras conducía, era viajante, representante de maquinaria agrícola, quizás cayó por una pendiente y su coche quedó oculto debajo de unos árboles, o tal vez fue raptado o asesinado por unos desalmados. No sé, creo que aún podría regresar.

Desde el coche Jürgen ha telefoneado a Sonia para decirle que su madre ha fallecido, que está a punto de salir hacia Lanjarón para reconocer el cadáver y organizar lo del entierro. Llevaba semanas sin hablar con ella, pero no tenía nadie más a quien contárselo y por alguna extraña razón necesitaba hacerlo, como si supiera que aquellas palabras eran en realidad un líquido verdoso que desaparecería al pronunciarlas en una bocanada de bilis o de aire. Solamente Sonia conocía los más íntimos detalles de la relación entre Jürgen y su madre.

—Vas a estar tres días fuera, Jota, quizás cuatro. Tómate el tiempo que necesites. Mándame mensajes con el móvil para saber cómo estás —Jürgen se acuerda de la recomendación de llevarse la cartera al salir de casa. Los tiempos habían cambiado, pero no demasiado—.

Le dice a Sonia que sí a todo, como hacía siempre.

—¿Has llamado a tu vecina para dejarle a Brown?

—Sí, eso está solucionado —hubo unos segundos de silencio—. Aún no he visto a tu hijo —añadió Jürgen, aunque no venía al caso.

—Lo sé, pero hay tiempo. Siempre hay tiempo. ¿Sabes una cosa?, se parece a ti.

—No digas barbaridades. Si te oyera tu marido.

—Es que es rubio.

—¿O sea que todos los rubios se parecen a mí?

Sonia vive con su marido a media hora de San José, los dos trabajan en la misma entidad bancaria, aunque en sucursales de poblaciones distintas. Cuando Jürgen trabó cierta amistad con el jefe de zona consiguió sin mucho esfuerzo que la contrataran, Sonia tenía la formación, el carácter y el encanto necesarios para que no hubiera reparos en admitirla, de eso hace ya más de diez años. Así que, de alguna manera seguían perteneciendo a la misma familia. Jota le consiguió el trabajo a Sonia, y ese trabajo la llevó hasta su marido, y su marido hasta su hijo. Jürgen y su tumor quieren creer que ese niño ha venido a este mundo gracias a ellos, en cambio su cerebro piensa que el niño está aquí por su culpa. Sonia ha tenido un hijo, aún está de baja maternal. Sonia y Jürgen no viven juntos desde los años de la universidad, entonces compartieron piso en un programa pionero de voluntariado para acompañamiento de ancianos.

Condujo sin encender la radio, sólo llevaba quince minutos de camino, el paisaje árido y la carretera flanqueada de pitas y chumberas pasaba inadvertido, conducía de memoria, absorto en el pasado. Repasaba escenas que creía olvidadas, cada cierto tiempo acudía a su mente la imagen de la habitación de Sonia en casa de José María, el anciano en cuya piso vivieron los últimos dos años de la universidad. Calle Altamira, un buen sitio, céntrico, un edificio antiguo, una casa muy vieja y muy fea, un museo, un mausoleo que aún olía al perfume de su difunta esposa, el cáncer se la llevó, un tumor, como el suyo, pero más tonto. Hacía años que José María esperaba pacientemente a que el cáncer también viniera a buscarlo a él, pero se retrasaba, los días pasaban y la enfermedad no llegaba, su anciana hipocondría no pudo producirlo, solamente consiguió transmitirle esa manía

a Jürgen. Conversaban a menudo sobre pequeñas dolencias. El viejo y él eran expertos en tumores raros. José María ponía de su parte bebiéndose media pensión, pero no había manera.

Jürgen y el viejo se conocieron en la puerta de un edificio, era domingo, las cuatro de la tarde, verano, apenas había gente por la calle. Había terminado el primer curso de la universidad y aún residía en el centro de menores. Donde comienza la calle Altamira un hombre mayor, inválido, está apoyado contra la pared, suda, se mantiene erguido a duras penas con la ayuda de sus muletas, una de las piernas es sensiblemente más corta que la otra, lleva uno de esos zapatos con una suela muy alta, como una drag queen con una única plataforma. El viejo le suplica ayuda para subir a su piso.

—Discúlpame, joven, no me pasa nada, sólo estoy un poco borracho, ¿podrías ayudarme a subir a mi casa? Seguro que huelo mal, lo siento —la lengua, bajo los efectos del alcohol, se esfuerza en articular las palabras—. Qué vergüenza, no llames a urgencias, sólo tienes que ayudarme a subir a casa. Es en este portal. He conseguido llegar hasta aquí, pero ya no puedo más, no me quedan fuerzas.

Está sudando, qué asco, la camisa celeste está empapada, hay dos manchas oscuras en la sobaqueras, otra en la espalda y la más grande baja desde el cuello hasta la barriga, parece que viniera de correr una maratón. No está muy grueso, pero su cuerpo deslavazado y la musculatura hipotónica, lacia, hace que resulte casi ingobernable. Huele mal, apesta a una mezcla entre alcohol y sudor de viejo.

Al ver que Jota frunce el ceño mientras lo ayuda a ponerse en marcha cogiéndolo por debajo de los sobacos dice, «es una vergüenza ser viejo, una vergüenza, siento mucho ser viejo».

Subir los tres escalones que lleva al nivel donde está el ascensor ha resultado una empresa casi imposible.

—Gracias, gracias, —repite gracias, y repite también que qué asco de viejos, que los viejos somos una vergüenza—. Yo antes olía bien, ahora huelo a rancio. Yo antes no era viejo, ahora sí, Soy viejo desde que murió mi mujer. Aunque esté recién duchado, huelo a viejo.

Suben en el ascensor. «En el bolsillo derecho del pantalón están las llaves de mi piso, 2º B». Lo apoya de espaldas contra la pared, lo mantiene erguido empujándolo con el hombro izquierdo mientras abre la cerradura. Lo pasa dentro de la casa y lo deja caer, como un estibador descargaría un saco en el muelle, sobre un sillón muy amplio al final del salón. Frente a él está la televisión y un pequeño puf para apoyar los pies. Se ha arrellanado sobre el sillón, parece cómodo, ha caído bien el viejo, lo descalza y le pone el ventilador delante de la cara para que se refresque. En menos de un minuto se ha quedado dormido, ronca muy fuerte, sufre apneas y Jota se asusta un poco. Coge el teléfono con la intención de llamar a urgencias, pero en lugar de hacerlo, llama a Sonia.

—Anota esta dirección —le dice—. Ven rápido, he de enseñarte algo.

Cuelga y se va al baño, se lava la cara y las manos. Se pone un poco de colonia Varón Dandy que encuentra en un armarito sobre el lavabo, éste tiene tres puertas y un espejo en cada una de ellas. Los azulejos son blancos, losetas pequeñas de 15x15 y una cenefa muy fea con algo muy parecido a delfines surcando un fondo azul.

Quince minutos después llaman al portero automático. Sonia entra al piso y tras un beso en los labios, frunce el ceño.

—Hueles a viejo. ¿De quién es este piso, Jota? Tú no tienes abuelos —camina con soltura por el pasillo—. Salta a la vista que el dueño no andaba mal de dinero.

—Al pasar por delante de este portal he visto al dueño de este piso, estaba borracho, apoyado en la puerta. No podía abrirla. Me ha pedido que por favor lo ayudara a subir a su casa. Está durmiendo en el salón.

—No jodas. Voy a verlo.

Los muebles son oscuros y barrocos, de una de las paredes del salón cuelga un lienzo de grandes dimensiones, 1,80x1,20 aproximadamente. En él se adivina un cerezo, no está claro, es un cuadro abstracto, las flores blancas son pegotes de óleo que le dan al cuadro un volumen singular, sobresalen de un fondo con distintos tonos de verde. A mi madre le gustaban mucho los cerezos, piensa en ese momento.

El anciano sigue roncando, respira un poco mejor. Sonia y Jürgen deciden dar una vuelta por la casa, cotillear, abrir los cajones, cosas así. Hay comida en el frigorífico y un plato Duralex con restos del almuerzo sobre la mesa de la cocina. Vive solo, debe de ser viudo. La cama de matrimonio está deshecha solamente por un lado, hay un único cepillo de dientes y muchas fotos de él con la que debió de ser su esposa. No hay fotos de niños pequeños, no tuvieron hijos. La casa tiene tres dormitorios, es evidente que uno de ellos es su dormitorio porque está algo desordenado y es más amplio que los otros dos, intactos. En el segundo cajón del comodín del dormitorio principal hay una cajita de madera, dentro hay dinero, también una alianza de oro con una fecha inscrita en la parte interna y una cartera con su documentación, José María Arriola. Jürgen coge varios billetes y los guarda en el bolsillo

trasero de los vaqueros. Le ofrece dos a Sonia y ella se niega, como si los billetes quemaran o transmitieran alguna enfermedad contagiosa. Parece excitante. Ella se resiste, levanta las manos para no cogerlos y Jürgen se los introduce en el escote como si fuera una bailarina medio desnuda. Ríen. Abre un joyero, una figura femenina vestida como una bailarina de ballet gira al compás de una música enlatada, da miedo. Coge una cadena de oro y algunos pendientes.

—Esto lo necesitamos nosotros más que él.

Sonia vuelve al sofá del salón y pone la tele, se descalza. Están en el sofá de la casa de un desconocido, besándose, con un viejo dormido en el sillón de al lado. Jürgen la coge de la cintura y comienza a acariciarle los pechos. Ella detiene la mano.

—Estate quieto, puede vernos.

—Ojalá—le dice para que ella se ría mientras, le desabotona la camisa y libera sus pechos. Son menudos y el pezón está muy duro.

Se desnudan sin dejar de besarse y comienzan a hacer el amor tumbados en el sofá. Hacen mucho ruido. Le pide que haga aún más. El viejo abre ligeramente los ojos, mastica la lengua y vuelve a cerrarlos. Nunca sabrán si aquel día pudo ver lo que estaban haciendo. Jürgen no deja de observar al viejo de reojo. Le cuesta terminar.

Luego, se visten y regresan al dormitorio a dejar las joyas y a coger más dinero.

—Robar joyas es algo sucio, Jota. Pueden tener un valor sentimental.

Lo dice con un gesto que es imposible no hacerle caso, y Jürgen las deja otra vez dentro del joyero de donde las habían cogido.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Lo sospecho.

Es entonces cuando ven los papeles del programa de acompañamiento de universitarios a personas mayores. Estaban sobre la mesita de noche, parecía una buena idea y estaba claro que aquel hombre había sopesado esa posibilidad.

—Vayamos mañana a preguntar a la Secretaría de la universidad.

—No digas tonterías, Jota.

—¿Por qué no?, yo estoy harto del Centro de menores y tú estás de alquiler en un piso con unas amigas pesadas. Apenas tienes dinero para pasar el mes con lo que te mandan tus padres. Esto sería gratis.

—Ya veremos.

Días después un par de llamadas y alguna entrevista bastaron para ser incluidos en la lista que la universidad había elaborado para ese voluntariado. Semanas más tarde estaban con la asistenta social haciendo la visita. A mediados de septiembre hicieron la mudanza a la que habría de ser su casa durante varios años.

Jamás supieron con certeza si José María los reconoció al verlos por primera vez en aquella entrevista. Nunca, durante los dos años de convivencia, hizo comentario alguno que les hiciera sospechar que así fue. Por mucho que ambos divagarán sobre si en realidad sabía quiénes eran o no, el anciano jamás dio muestras de que recordara lo que ocurrió aquel día.

La convivencia mejoró con el paso del tiempo, le compraron un teléfono móvil y le enseñaron a usarlo para tenerlo controlado. Cada uno ocupó una de las habitaciones libres de la casa, aunque José María sabía, por los ruidos que

escuchaba por la noche, que a menudo sólo usaban una de ellas. La hipocondría de José María caló en Jürgen y ambos sufrieron un tumor indetectable. Ni José María ni Jürgen murieron antes de que terminara sus estudios de Empresariales. Fueron días felices.

Cuando se graduaron, Jürgen se trasladó a la población de La Isleta del Moro donde habría de trabajar como camarero durante todo aquel verano en un restaurante. Sonia regresó al pueblo de sus padres. Un educador del centro de menores con el que seguía manteniendo relación le había buscado el contacto para obtener el empleo. Esa gente que te quiere y que tan peligrosa es. Al final de aquel verano Sonia le pidió que eligiera entre su libertad y ella, y Jürgen eligió. Nunca consideró que aquello también fue una traición.

El padre de Jürgen desapareció. Eso es todo lo que su madre acertó a concretar sobre él. No se refería con eso a que los abandonara, no. Lo que quería decir, aunque eso no tuviera mucho sentido para un niño, es que se esfumó y que un buen día se dio cuenta de que no estaba con ella desde hacía tiempo, como si poco a poco hubiera ido volviéndose invisible, traslúcido, incorpóreo hasta desaparecer sin dejar rastro alguno. Lo creía a pie juntillas, para ella eso no era una explicación mágica que se había construido para solucionar las lagunas que la marihuana le había dejado en la memoria. Estaba convencida de que el padre de Jürgen se llevó consigo los recuerdos de los pocos meses que permanecieron juntos, con su marcha las imágenes que conservaba se disolvieron y ella llegó a dudar si realmente había existido. Ocho meses después nació Jürgen y supuso que sí. Ella tenía entonces 32 años. Tres años antes de eso había llegado a Órgiva para pasar unas vacaciones en casa de una amiga que se había instalado allí. Después de que su madre hubiera muerto no le quedaba ningún familiar en Alemania y se adaptó sin demasiadas dificultades a la lengua y a la comunidad hippie en la que su amiga se movía con desparpajo. Compartió piso, cambió de domicilio y de trabajo, era una mujer enigmática y tranquila a la que no le costó integrarse. Cuando conoció a Mark —ya estaba embarazada

de seis meses— se trasladaron juntos a vivir a la caravana en el camping. Ninguno de los hombres que después pasaron por su vida dejó una huella tan indeleble como él. Es verdad que bebía demasiado, pero comparándolo con ellos, Mark fue lo más parecido a un padre que Jürgen conocería. Él no se llevó sus recuerdos al marcharse.

A Mark le gustaba cazar, llevaba a Jürgen con él pero nunca le permitía disparar ni separarse de su espalda. Para el niño era divertido cargar con las piezas cobradas atadas en una cuerda al hombro, le hacía sentirse importante, mayor. La última vez que lo acompañó a cazar se separó de la espalda de Mark sin darse cuenta, perseguía a una perdiz a la que sólo él había visto esconderse en unos matorrales seguida de media docena de polluelos muy pequeños y torpes aún para apeonar con rapidez. Jürgen estaba acuclillado removiendo con una mano el matorral donde las había visto ocultarse, en ese momento escuchó el silbido de una veintena de perdigones de plomo que atravesaban las hojas que tenía delante, alrededor de su silueta quedaron unas estelas de aire tan suave y tan cálido que podía percibir su calor, su presencia, con la piel de las mejillas. Abrió la boca y lamió el aire caliente por si algún balín había quedado suspendido, ocurrió muy despacio, le quedó en la memoria una extraña sensación de ingravidez y de lentitud. Los orificios que dejaron en las hojas estaban iluminados por los rayos de sol que volvían a atravesarlos, esta vez hacia el otro lado. Sólo después escuchó el sonido del disparo, y acto seguido un pinchazo, no muy molesto, en la parte de arriba de la oreja. A continuación el grito desgarrado de Mark y el aleteo de las aves cercanas, asustada por el estruendo. Luego, un silencio seguido de nada.

No estaba herido de gravedad, pero al incorporarse se tocó la oreja y al mirar la mano descubrió en la palma una mancha de sangre. Comenzó a tambalearse nada más verla y tras unos pasos zigzagueantes cayó de espaldas desmayado. Siempre que había escuchado el disparo de una escopeta estaba detrás de ella, esta vez el sonido fue distinto, porque todo parece distinto según del lado en el que te encuentras.

Los golpes suaves de Mark en la cara lo hicieron volver en sí.

—Sólo es un rasguño en la oreja —se reía nervioso—. Solo es un rasguño, Jürgen, tienes las orejas muy separadas de la cabeza —lo repitió varias veces—. El aliento le olía a güisqui.

La herida se había cauterizado con el calor del proyectil, en la parte alta de la oreja le quedó un pequeño agujero en el que no tardaría muchos años en ponerse un pequeño aro de plata.

Ya en la caravana su madre se puso a llorar, hacía mucho ruido. «Eres un gilipollas, casi lo matas», siempre insultaba en español. Mark no sabía qué tenía que hacer, así que se acercó a ella y le tocó un hombro con precaución, ella se dio la vuelta, cogió una perdiz y se la tiró a la cabeza, éste se agachó instintivamente y el animal muerto salió volando como un misil por la puerta de la caravana que permanecía abierta. Luego, vio la cara de preocupación de Mark y no pudo contener una risa nerviosa, pasó del llanto a la risa como se pasa de la vida a la muerte. Los tres comenzaron a reír, aunque ninguno tenía muy claro por qué se reían, ni cuál era la razón que empujaba a los demás a reírse también. Jürgen salió a la calle a recuperar la perdiz, pero ya no estaba, seguramente porque algún perro la olió y se acercó a conseguir comida fácil. Jürgen siempre aseguró que estaba viva, que sólo se había desmayado, igual

que él, y que se había despertado con el golpe y había salido volando de allí. La madre se abrazó al niño besándole la oreja y el niño dijo «ay, que me duele» y por eso le dio otro beso en la oreja, para quitarle el dolor, y el niño volvió a decir ay. «Esto ya no tiene arreglo», dijo mirando a través del agujerito de la oreja como se fisgonea a través de la cerradura de una puerta. Y Mark se echó a reír aliviado porque no lo había matado y quizás también porque no tenía licencia de armas. Jürgen se quedó observándolo y le pareció que ahora Mark era menos compacto que antes, que estaba empezando a desaparecer. Un año después de aquel episodio perdió su empleo por culpa de un alcoholismo que ya no podía controlar. Para entonces ya era casi invisible. No hubo peleas ni gritos. Jürgen nunca tuvo muy claro si su madre y él se separaron o simplemente, como años antes pasó con su padre, simplemente también desapareció.

Después de él apenas llegaron hombres a su vida, alguno quizás, pero pasaron por ella como pasan las compañías de teatro por los pueblos pequeños. Traían todo su vestuario, regalaban pases para la función y le hacían bonitos obsequios. Después, desaparecían, pero no ocurría poco a poco como con su padre o con Mark, sino que todo sucedía como en un truco de magia, de sopetón.

John parecía uno más de ellos cuando su madre se lo presentó. Jürgen deseó que al menos su relación llegara hasta Navidad, porque así podría tener dos regalos en vez de uno. John era tuerto de un ojo, era bastante mayor que su madre pero conservaba una buena figura atlética y una barba canosa y desaliñada, tenía aspecto de motero. Casi nunca llevaba el parche de pirata, tenía uno pero sólo se lo ponía en ocasiones especiales, normalmente usaba gafas negras de sol aunque fuese

de noche. Su situación económica era holgada, estaba jubilado desde que sufrió el accidente de trabajo, cobraba una pensión que al cambio suponía una pequeña fortuna. Poco después de aparcar su furgoneta al lado de la caravana, la madre de Jürgen pasó a trabajar solamente los fines de semana. John era inglés, tenía una furgoneta con el volante en el lado derecho y con unas literas muy cómodas. Siempre dormía allí, a veces pasaban la noche juntos. Estaba bien acondicionada y en un estado aceptable, pero él casi nunca la conducía porque no veía muy bien con el ojo que le quedaba sano. Le enseñó a Jürgen cosas muy importantes para un niño de 11 años, como a dar un buen puñetazo y a conducir. Lo dejaba hacer trayectos cortos aun cuando iban por la carretera. Confiaba en él.

—Chico, tú has nacido para esto—le decía, y se repantigaba en el asiento colocando ambas manos entrelazadas con los dedos detrás de la cabeza.

—¿Tú crees?

—Te lo aseguro. Tengo muy buen ojo para eso—siempre que podía colocaba una frase ingeniosa relacionada con el hecho de que era tuerto. Tenía buen humor.

En más de una ocasión se cruzaron con el coche de la guardia civil mientras Jürgen conducía. Cuando los veía venir, John extendía las manos y simulaba ir conduciendo, soltaba una mano del volante imaginario y los saludaba amablemente. Nunca los detuvieron y cuando aquello ocurría John se reía a carcajadas y daba golpes con la mano abierta en el salpicadero, entonces Jürgen sacaba la cabeza por la ventanilla y se ponía a gritar mientras seguía conduciendo. Los árboles de los bordes de la carretera se alejaban cada vez más rápido,

Durante los dos años de relación, Jürgen aprendió en la

furgoneta de John qué significaba viajar. En invierno estuvo en la Sierra de Madrid y se partió un dedo, en Aracena se luxó el hombro y acampando en Cazorla se perdió durante cinco horas en un río. Ya estaba anocheciendo cuando el perro de un guarda forestal lo encontró. Quizás por todo eso, o porque John se murió de un ictus, o por ambas cosas a la vez, no volvieron a viajar. Su madre regresó a su trabajo de camarera y John, con sus eternas gafas de sol, desapareció de sus vidas un día de niebla.

Alargó la mano y, sin apartar la vista de la carretera mientras conducía, tanteó dentro de la guantera en busca de un paquete de Marlboro que alguien había olvidado en su coche hacía semanas y que él mismo había guardado ahí tras encontrarlo. El cigarrillo le supo a rayos, él no fumaba. Ese era uno de los pocos vicios que su madre nunca tuvo y pensó que ir a ver su cadáver oliendo a tabaco podía ser un homenaje muy adecuado. Ella nunca permitió a sus parejas que fumaran en la caravana. Podían holgazanear todo el día, beber cuanto quisieran, aprovecharse del dinero que ella ganaba y tratarla mal, pero tabaco no, para fumar había que salir fuera, aunque fuese invierno y la temperatura rondara los cero grados. En eso siempre fue inflexible.

—Los muertos no pueden ver, pero quizás puedan oler. Cuando la quemén, también ella olerá a ceniza —pensó.

Mordiéndose la punta de la lengua, porque así se hace mejor, adhirió la ventosa que fija el navegador al parabrisas —se había desprendido—. Lanjarón, dos horas y cincuenta minutos. Eso sin contar las paradas para estirar las piernas y tomar un café. Eran las cinco y media de la tarde, había terminado la jornada de trabajo en el banco a las cuatro en punto y en sólo una hora había dejado a Brown con su vecina y organizado una pequeña maleta con lo imprescindible para el viaje. Ya

estaba en ruta desde hacía un buen rato, mecánicamente había preparado todo con rapidez, aunque era consciente de que la urgencia era innecesaria, pues disponía de tres días de permiso.

No sabía, no tenía ni la más remota idea de qué había que hacer en estos casos. Supuso que en el tanatorio le ayudarían con el papeleo. No se planteó otra posibilidad que incinerarla, pues de esa manera, allí mismo se ocuparían de todo, le entregarían una urna con poco más de un kilo de madre en su interior, más madre de la que había tenido durante los últimos años. En ese momento lo invadió un sentimiento de soledad, no tenía a nadie en este mundo que fuese familia, su madre no conoció a su padre, Jürgen tampoco supo nunca quién fue el suyo, ni si éste tuvo otros hijos, no había nadie, estaba solo. Por un momento se le hizo un nudo en la garganta, no por la tristeza, sino por la soledad, y comprendió qué sentía un astronauta en el espacio, y en ese momento se fue haciendo más y más pequeño, hasta que casi no veía por encima del volante. Entonces pensó en Sonia y en su hijo, que no era su hijo, y pensó que si hubiera querido habría podido tener con ella una familia. Aunque no la necesitara, porque las cosas que no se necesitan, tarde o temprano, terminan por ser imprescindibles. Casi en el acto se arrepintió y prefirió mil veces el recuerdo de ella riéndose en la cama después de hacer el amor que el de una familia que no tenían. El tumor se sintió orgulloso de él.

Tendría que decidir dónde deshacerse de las cenizas. Quizás en el aseo de señoras de un bar de carretera, ¿o mejor en el de caballeros?, ¿dónde preferiría ella? —si pensó cuál sería su elección fue para echarlas en el otro—. También podría conservar la urna en la que le entregarán las cenizas y ponerla en la despensa, o tirarlas por la ventanilla del coche a toda

velocidad durante el camino de regreso a casa, mirar por el espejo retrovisor y despedirse de esa nube blanca que sería su madre. O esparcir las en un campo de cerezos, a ella le gustaban los cerezos, en el valle de Jerte hay muchos, eso sería muy de su agrado, demasiado. Dejó de pensar en eso.

Si los ojos azules se le pusieron vidriosos fue sólo porque el sol le daba de cara, viajaba hacia el oeste. En San José el sol es despiadado, a pesar de eso los turistas brocean sus cuerpos en las playas. Reparó en cuán diferente de la luz de Órgiva era esta luz implacable, aquélla era una luminosidad amable que resbalaba sobre los cuerpos para mostrar al mundo las sombras y sus imperfecciones. En cambio, la luz del Parque Natural es luz porque proviene del sol, pero a menudo oculta las cosas, no cumple su cometido, ciega y está en contra del conocimiento. Se puso unas gafas negras y bajó el parasol del coche para que éste actuara de visera y su sombra lo ayudara a relajar la vista al volante. Al hacerlo una ficha de cartón con el último cambio de aceite anotado por el mecánico le cayó encima. La leyó y miró el cuentakilómetros, hacía tres mil kilómetros que debería haber pasado la revisión. Bajó la ventanilla porque el aire acondicionado no funcionaba, acodó el brazo y sacó la mano izquierda del coche para jugar con el aire a los aviones. La tierra reseca y rojiza de la cercana población del Pozo de los Frailes quedó atrás. Apagó la radio para concentrarse en los recuerdos, el tumor le dijo que no corriera, que no era cuestión de vida o muerte, y él aminó la velocidad cuando estuvo cerca de El Barranquete.

Unos kilómetros antes de tomar la autovía comenzó a perder el control del coche. En la parte trasera izquierda del vehículo se escuchó un estruendo que dejaba claro que había

sufrido un pinchazo, el rodar de la goma hizo que una lengua negra se desprendiera del neumático y golpeará rítmicamente contra el asfalto y el guardabarros produciendo un ruido sordo que, escuchado desde el asiento del conductor, parecía provenir del interior del propio vehículo. Era algo parecido a música, percusión, tenía ritmo, daban ganas de chasquear los dedos. Empezamos bien, dijo en voz alta. En ese momento no conducía por un tramo de vía que le permitiera parar el coche sin poner en peligro la circulación o su propia integridad, había invernaderos a ambos lados de aquella carretera de colonización y poco espacio en el arcén para detenerse, por lo que, aun a riesgo de deteriorar irremediabilmente la llanta de la rueda, decidió seguir hasta llegar a un pequeño descampado que, trescientos metros más adelante, se adivinaba junto a la carretera. Al bajarse se quedó mirando la rueda pinchada, ésta había quedado aplastada contra el suelo sin su esqueleto de aire. Le dio una patada, porque a una rueda pinchada hay que darle una buena patada, eso lo primero. Luego, ya te puedes poner a pensar en qué es lo que hay que hacer con ella. Estaba familiarizado con aquella imagen, las ruedas de la caravana donde vivían en el camping de Órgiva estuvieron pinchadas durante años, su madre nunca se planteó la posibilidad de repararlas. De hecho, la solución cuando una de las dos ruedas de la caravana se pinchó fue quitarle el aire a la otra para así evitar que el suelo de la caravana estuviera inclinado hacia un lado, vivieron desnivelados una semana hasta que, en lugar de cambiarla, se le ocurrió desinflar la otra. Hasta ese momento la línea del agua dentro del vaso sobre la mesa mareaba durante la cena. Instintivamente Jürgen se tocó el bolsillo del pantalón para cerciorarse de que su teléfono móvil seguía ahí. Sabía cómo

cambiar una rueda pero no lo había hecho nunca, conocía la teoría, lo había visto hacer, aunque no estaba seguro. Si no lo consiguiera, llamaría a la grúa del seguro. Todo esto también es culpa de tu madre, dijo el tumor.

Abrió la puerta trasera del coche y levantó el suelo del maletero, debajo debería estar la rueda de repuesto junto a una llave de tubo. Nunca había mirado si había alguna, le compró el coche a un compañero de trabajo hacía solamente seis meses y todavía no se había detenido a comprobarlo, ni en qué estado se encontraba ésta. Estaba desgastada y sin apenas dibujo, pero podía usarla. Lo importante para cambiar una rueda es no utilizar el gato para elevar el coche hasta haber aflojado los tornillos que la sujetan. Los tornillos se aflojan pisando con el pie la llave de tubo. No hay más. Esa es la teoría. Lo que en teoría es fácil, cuesta mucho. Tardó un buen rato en sustituirla, hacía calor, aquello se convirtió en algo personal entre la rueda y él. No quiso pensar en que todo empezaba mal.

Antes de que el viaje se volviera tedioso ya se encontraba a menos de treinta kilómetros de Lanjarón. Eran casi las ocho, habían pasado dos horas desde que partió y le hormigueaban las piernas, no se había detenido ni una sola vez y tenía las manos sucias. Paró en una gasolinera, llenó el depósito y fue al baño para lavarse las manos llenas de grasa. Después cruzó al otro lado de la carretera para estirar las piernas, encendió el penúltimo cigarrillo del paquete que había cogido de la guantera y se acodó en la barandilla de un pequeño mirador. En el fondo del valle se adivinaba la serpiente que el río dibujaba entre las alamedas. Exhaló las últimas caladas del cigarro y lo apagó sobre el hierro de la barandilla, iba a guardar la colilla en el bolsillo y dejarla después en el cenicero del coche pero decidió arrojarla sobre unos árboles para fastidiar a su madre y a ese ecologismo que le había inculcado. El hecho de que él no fumara no parecía un impedimento para hacerlo, pues tampoco tenía madre y pronto iba a verla.

Regresó a la gasolinera y antes de subirse de nuevo al coche le dio otras dos patadas a la rueda de repuesto que había montado. La rueda encajó bien los puntapiés, aguantó sin rechistar. Se sintió satisfecho del trabajo realizado y pospuso para el día siguiente el momento de acercarse a un taller y cambiarla por una nueva—la otra había quedado completamente

destrozada—.

Arrancó el motor y se puso en marcha. Cuarenta y cinco minutos después un letrero en la carretera le dio la bienvenida a Lanjarón. La constante publicidad de agua embotellada le produjo sed y se detuvo en un bar a tomar una cerveza, allí preguntó por la dirección de la morgue. No le costó dar con ella.

Ya dentro del edificio un señor con cara de estar muy preocupado, como si la madre de Jota también fuera parte de su familia, lo recibió y lo condujo hasta una habitación muy fría, en el sótano. Sobre una camilla que extrajo de un enorme frigorífico como el de una serie policiaca, estaba su madre. Era ella.

—¿Es ella?

—Sí. Guarde eso ya, por favor —le dijo mientras miraba hacia otro lado. Le daba asco su madre, arrugaba el entrecejo.

—Ha fallecido de muerte natural —dijo el hombre como si Jürgen le hubiera preguntado algo.

—La muerte siempre es natural —respondió algo brusco.

—Estás muy mayor, madre, el tiempo no ha tenido piedad de ti. A pesar de eso, sigues siendo una mujer hermosa, una muerta vieja y guapa, han pasado muchos años desde que te vi por última vez, tú ya sabes cuándo fue ¿verdad, madre? ¿Lo recuerdas? Yo sí. Yo lo recuerdo muy a menudo —dijo en silencio antes de marcharse de aquel lugar.

Que ambos eran dos bichos raros Jota no lo supo hasta los diez años. Lo supo por comparación, como se sabe todo. Las comparaciones no son odiosas, sino un sistema muy efectivo de tener una idea aproximada de la realidad. Supo que vivir en una caravana aparcada en un camping, sin televisión, casi

sin reglas, comiendo a menudo lo que querías y regresando a casa en verano a la hora que te daba la gana, no era algo muy habitual. Su madre sólo fue inflexible en una norma, la de no salir nunca de casa sin la cartera y el DNI. Su padre, el abuelo de Jürgen, estaba enterrado dios sabe dónde. Marchó al frente en 1939, desde Berlín, una semana después de casarse. Él jamás llegó a conocer a su hija, la madre de Jürgen. Aquel hombre fue piloto del Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial, su avión se estrelló en territorio español durante una misión, creo que ya lo he dicho, su cuerpo no fue reclamado ni identificado porque no llevaba la cartera. Eso decía ella.

¿Y ahora qué hay que hacer con el cadáver? Nadie sabe qué hay que hacer si se te muere un familiar muy cercano. Deberían dar cursos sobre eso. Le han mostrado el cadáver de su madre, la ha reconocido. «Y ahora qué», ha preguntado. Le han entregado una tarjeta con la dirección de un tanatorio-crematorio, está a las afueras de Lanjarón. A las empresas funerarias no les dan licencias de apertura si sus locales van a estar muy cerca del centro del núcleo urbano, la chimenea vomita un humo gris que huele a carne quemada, los filtros lo enmascaran y recogen las cenizas para que los muertos no les caigan sobre las cabezas a los vecinos.

En la recepción del tanatorio lo ha atendido una chica que tiene aproximadamente su misma edad. Maribel. Se saludan efusivamente como si no se hubieran visto en años, porque no se han visto en años.

—Qué casualidad, cuánto tiempo, qué bien te veo, Jota.

—Yo también a ti.

—Mal sitio éste para encontrarse.

—Sí, mi madre.

—Lo siento.

—No lo sientas, ya sabes que no teníamos mucha relación.

—Sí, lo sé—hubo un silencio incómodo que no duró más de unos segundos—. No puedo moverme de la recepción. He de echar una mano aquí. Prepararé toda la documentación. Después, cuando todo esté más tranquilo, si puedo, iré a hacerte una visita a la sala, nos tomamos un café y me cuentas. ¿Te quedarás toda la noche?

—No lo sé, quizás sí. Sólo porque no tengo dónde dormir.

—Sala número 6, segundo piso. Al final del pasillo a la derecha.

—Gracias.

Sala número 6, pocas flores. Un cristal separa el espacioso y vacío salón de una pequeña habitación donde colocan el ataúd una hora después.

—¿Hay que esperar unas horas?

—Depende.

—¿Oficio religioso?

—No, no.

Hay una máquina de café dentro de la sala, puedes tomar gratis todo el café que quieras. A un lado hay un aparador con un jarrón de mármol lleno de claveles rojos. No hay ninguna corona, son las únicas flores en la habitación. Se le ocurre que podría haber comprado flores blancas, como las flores del cerezo. Quizás habría bastado con arrancar unas ramas de jazmín que asoman a las aceras desde las casas del pueblo, olerían bien, los jazmines huelen a blanco, los olores se almacenan en el mismo cajón donde guardamos los recuerdos. También ha visto, a la entrada del tanatorio, varios galanes de noche. Si no tiene sueño, cuando anochezca y ellos comiencen a liberar su olor,

bajaré a cortar unas cuantas ramas. Si los jazmines huelen a blanco, los galanes huelen a dulce.

Son casi las doce de la noche y no ha bajado a coger unas ramas del galán y tampoco nadie se ha pasado a darle el pésame. Está solo. Jota se escucha pensar, oye su voz y oye la voz de su madre.

Incluso en esos momentos en los que te esforzabas por parecer una madre convencional yo era consciente de que sólo lo hacías por agradarme, pues, en realidad, te resultaba tremendamente difícil comportarte con la naturalidad de las madres de mis amigos. Reconócelo, madre. Si para mi cumpleaños intentabas hacer una tarta con galletas y cobertura de chocolate, la base te salía muy húmeda —en la caravana no había horno y una tarta de galletas era lo máximo a lo que podíamos aspirar—. Mirando las blandeadas porciones de tarta despatarrándose al servirla sobre los platos de plástico que habías comprado para mi fiesta de cumpleaños decías, haciendo especial hincapié en la erre, «esto ya no tiene arregla». Esa era la frase que mejor y más veces pronunciaste en español. Como los alemanes tenéis —perdona que no me considere alemán al cien por ciento— esa fama de hacer las cosas siempre bien y de construirlo todo con muchas garantías, es probable que no existiera una traducción fiel a tu idioma de esa frase, razón por la cual elegías siempre el idioma español para decirla, «esto ya no tiene arregla». Te preocupaba mucho la densidad de mi tarta de cumpleaños, más aún que el hecho de que yo tuviera mucho más claro que tú cuál era el número de velas que debías poner encima de ella.

Creo que, a pesar de no tener dinero, fuiste una mujer rica. La falta de dinero era el principal tema de conversación en las

casas de mis amigos, a veces asistía perplejo a la importancia que allí se le daba a ese asunto, en cambio a ti jamás te escuché una queja relacionada con eso. La paternidad es un camino directo a la escasez, los pobres son personas que tienen hijos, pero tú no tenías exactamente un hijo. Al menos no tenías un hijo que te hiciera perder tiempo y dinero, no era muy productivo pero tampoco gastabas mucho más en mí que en pienso para los perros, reconócelo madre. Me tuviste cuando te dio la gana, Sonia acaba de tener un hijo con 32 años, aproximadamente la misma edad que tú tenías cuando yo nací ¿verdad? Gastaste poco en mí. Sabes que tuve beca de comedor desde la guardería hasta que terminé el instituto, jamás me llevaste a actividades extraescolares, ni fui al viaje de estudios. Sólo tuve dinero para salir los fines de semana cuando empecé a ayudar en el restaurante donde tú trabajabas. La ropa que vestía era, casi siempre, reciclada de tus amigos hippies, cuando era un niño las sandalias servían para tres de las cuatro estaciones del año, sólo había que cambiar los calcetines. Sin esos gastos parece normal que con tu sueldo de camarera tuvieras de sobra para pagar el camping, la marihuana y los gastos de desayunos y cenas. No necesitaste mucho dinero hasta que empezaste a pasar cortas estancias en el templo budista de Soportújar ¿Lo recuerdas? Tenías que sufragar esas estancias y querías aportar al mantenimiento de la comunidad. Tú eras cada vez más feliz pasando tus días libres allí. Cuando fui un poco mayor dejé de acompañarte, me aburría mucho cuando iba contigo. A veces perdías el trabajo por no regresar a tiempo después de pasar unos días fuera. Los Servicios Sociales no dijeron nada de eso en su informe. Siempre que ellos nos visitaron tú estabas en casa y todo estaba más o menos presentable. Tuviste suerte,

madre, tuvimos suerte. Tú cuidabas de mí y yo cuidaba de ti, nos teníamos el uno al otro.

Yo rondaba ya los 10 años y aún seguía escuchando tus historias sobre quién era mi padre. No te creía, pero te dejaba hablar, me gustaban esas historias.

Jürgen, tu padre fue, prométeme que me guardarás el secreto, un monje budista, era la reencarnación de un lama, tú eres el hijo de un lama, por eso, a veces, puedes presentir cosas. La primera vez que estuve en el templo budista me alojé durante una semana porque estaba haciendo un curso de meditación, tú no habías nacido aún y yo no tenía entonces muchas responsabilidades. El primer día que llegué tuve que dejar todas mis pertenencias en un armario a la entrada, nos dieron una ropa cómoda y una charla que duró una hora porque tu padre, que aún no era tu padre, hablaba muy despacio. —No te creo—. Antes de bajar a los bancales estuvimos una hora sentados en posición de meditación, en el suelo con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas con los dedos abiertos y los ojos cerrados, debíamos abstraernos de los estímulos externos y concentrarnos en el triángulo que se dibuja justo debajo de las fosas nasales. Teníamos que ser conscientes de que ese trozo de nuestro cuerpo existía, de que ese triángulo estaba lleno de terminaciones nerviosas y capilares, sentir el aire caliente que exhalábamos por las fosas nasales a través de la pequeña depresión que hay justo sobre el labio superior. Estaba con los ojos cerrados cuando alguien me besó, no los abrí aunque me pareció muy tierno. No quise saber quién era. Luego, bajamos a la huerta, era principios de verano, pero por la temperatura que hay allí en esa época del año las plantas estaban llenas de frutos. Limpiamos de malas

hierbas las berenjenas, quitamos los chupones a los tomates y aporcamos los caballones de patatas.

—Adoro las patatas —dijo el que iba a ser tu padre acercándose a mí —son frutos que están escondidos y cuyo valor no conoces hasta que ha terminado su cosecha. Las patatas te enseñan a esperar.

Aquella noche hizo frío y me fui a su habitación para dormir con un cuerpo que me calentara. Cuando me besó de nuevo supe que había sido él.

Jürgen se queda dormido en un sillón de la sala número seis, su madre también está dormida, son más de las doce de la noche. No tenía pensado quedarse a velar el cadáver, no le van esas extrañas tradiciones pero así se ahorra el dinero que le costaría alquilar una habitación en alguna pensión cercana.

Él dice, «madre, puedo leer lo que pienso en el cerebro», y ella le susurra que no se preocupe, que eso es normal porque su verdadero padre es Javier Egea, un joven poeta granadino. Miran por la ventana de la caravana, él tiene pocos años. Nieva. Todo el suelo está blanco. Abre la puerta de la caravana y no se atreve a pisar la nieve para no ensuciarla con su huella. El mundo es nuevo, está sin usar. Hay un extraño silencio.

Se despierta desorientado, medio desnucado en un sillón del tanatorio, su madre muerta también duerme, pero más profundamente. Mira el reloj en la pantalla del teléfono móvil, son las 7:05 y apenas hay luz, se restriega los ojos con los nudillos, en Lanjarón las montañas retrasan la claridad previa al amanecer, el sol se despereza como un gato. Jürgen abre la puerta de la sala número seis y el ventanal de levante le muestra el resplandor de una hoguera lejana detrás de las montañas. Es el mismo sol que en el Parque Natural y sale por el mismo sitio.

Hacia las once de la mañana vendrán a por ella para llevarla a la sala de cremar, hace días que murió. Él se sentará en una salita contigua al incinerador y esperará a que le traigan una urna de color verdoso —no tendrá muy claro cuál será el color— con una bolsa en su interior y muy pocas cenizas dentro. Después pasará por recepción, firmará unos documentos

y le entregará la tarjeta de crédito a Maribel para pagar los gastos de la muerte, y ella le pedirá su número de teléfono y lo intercambiarán para estar en contacto, ya sabes. Y se darán dos besos en las mejillas, demasiado cerca de la comisura de los labios, y le repetirá que lo siente y él le responderá que no importa. Y entonces preguntará por las pertenencias de su madre y Maribel contestará que tendrá que buscarlas en donde falleció, una caravana estacionada en el camping de Órgiva, allí la encontraron dos días después de que muriera. O sea que, lo primero que se le pasará por la cabeza a Jürgen es que su madre, tras salir de la cárcel, siguió viviendo en el mismo sitio; y lo segundo es que, cuando lo avisaron de su fallecimiento, ya llevaba dos días muerta bajo el sol de septiembre sin que nadie reparara en ella, sola. Y sentirá en ese momento más tristeza y más compasión que el día en que el policía judicial le comunicó su fallecimiento, e intentará recordar dónde había estado él durante aquellos dos días, qué había estado haciendo mientras su madre se pudría dentro de la caravana. Sin embargo, sólo podrá recuperar algunos fragmentos de esos recuerdos.

Abrirá su coche y metódicamente colocará la urna en el asiento del copiloto encima de una caja de cartón que habrá cogido de la basura y le pondrá el cinturón para que no se mueva. ¿Nos vamos madre?, le preguntará sin esperar una respuesta. Y pondrá el coche en dirección al camping de Órgiva para recoger sus pertenencias, si es que aún estuvieran allí o si es que ella tenía de eso.

La carretera irá desapareciendo debajo de las tres ruedas nuevas y debajo de la rueda de repuesto, y le dirá perdona a la urna mientras se inclinará sobre el asiento del copiloto y hurgará en la guantera para coger el último cigarrillo del

paquete de Marlboro—. Y acto seguido lo encenderá sólo después de abrir cuatro dedos la ventanilla para que el humo no se quede dentro del coche. La nicotina le provocará náuseas, el estómago le recordará que lleva muchas horas sin comer. Vamos a desayunar, dirá el tumor con la esperanza de tomar algo dulce. Órgiva sólo está a nueve kilómetros de Lanjarón, así que decidirá desayunar en el bar del camping. Cuando llegue bajará del coche después de prometerle a la urna que volverá pronto.

—No te muevas —le dirá, y dejará el coche en los aparcamientos del camping y se irá caminando hacia el bar.

Aparca frente al camping. Alguien lo ha cambiado todo de sitio. El paisaje que recuerda está desordenado. El entorno del camping ha pasado de ser una sucesión de bancales y cerezos a convertirse en terrenos urbanizados e hileras de dúplex marcialmente alineados. Sobre los pasos de peatones y las señales de tráfico aún resuena el eco del ladrido de Bruto, el perro devorador de niños. Jürgen cierra los ojos y puede escuchar su jadeo, los persigue entre las matas de habas, los persigue entre las tomateras, los expulsa de sus dominios como un señor feudal implacable y poderoso. El corazón en la garganta y el zumbido de las cigarras en los álamos cuando ya están a salvo tras saltar la valla.

Lucas corría menos que Jürgen, por eso en más de una ocasión Bruto estuvo a punto de alcanzarlo, se centraba en él. Lucas era la gacela herida. Podrían haberse rendido, dejar de ir a esas tierras, pero algo los impulsaba a repetirlo, quizás la adrenalina, la atracción del peligro, los dientes afilados, cualquiera sabe.

—Tal vez deberíamos dejarnos devorar—proponía Jürgen con una espiga en la boca— detenernos y ver si va en serio, si sería capaz de matarnos a dentelladas o sólo es un farol. Saber de una vez por todas si ese perro sería capaz de morder y morder y morder. Yo creo que sólo es un fanfarrón como

esos abusones del colegio que te molestan.

—Tú estás loco. Lo suyo sería matarlo, Jota. Te juro que algún día lo mataré. Lo juro por mi abuelo.

Sólo eran bravuconadas que ni él mismo se creía. Lucas era un niño de aspecto bonachón y nada popular en el colegio, ese tipo de gordito al que las señoras mayores pellizcan los carrillos. Las mejillas le brillaban como una manzana a la que le hubieran sacado lustre en la cadera del pantalón. Ser amigo de Jürgen mantenía a los abusones alejados, aunque no conseguía sacarlo de la invisibilidad.

A principios de julio el dueño de aquellos terrenos contiguos al camping les permitía, tras la cosecha de patatas, rebuscar entre los caballones las más pequeñas, las que habían sido desechadas o seguían ocultas en la tierra y carecían de valor para comercializarlas. Ese día no tenían que entrar a hurtadillas, Bruto permanecía entonces encerrado en el cobertizo donde el viejo guardaba las herramientas. En poco más de una hora Lucas y Jürgen conseguían llenar una bolsa de plástico con patatas del tamaño de una canica gorda, a veces aún más grandes, un tesoro. Lucas llamaba a eso pescar patatas. Siempre las sobras. Su madre se las freía con la piel en la placa eléctrica de la caravana, eran tan pequeñas que no había manera de pelarlas. Estaban deliciosas porque las habían cogido ellos.

Otro curso más había llegado a su fin, el verano solo acaba de empezar, mes de julio, tenían unos pocos años más, pero con las mismas falanges de los dedos seguían aferrados al alambre de la misma valla, con la misma cara pegada a los rombos que dibujaba, viendo cómo los jornaleros cargaban las últimas cajas de patatas en el remolque. El viejo encerró a Bruto en el cobertizo y les hizo una señal, así con la mano,

como indicándoles que ya podían pasar a pescar patatas. Esa fue la última vez que vieron a Bruto con vida. Saludaron al viejo desde la distancia para agradecerle que los dejara entrar y se pusieron manos a la obra. Esta vez se emplearon más a fondo que otros años, se creían mayores, podrían venderlas, necesitaban algo de dinero para salir con las chicas. Tal vez tuvieran doce años. Recogieron dos cajas de plástico, pesaban. Muchas de las patatas tenían el tamaño de una pelota de tenis de mesa. Transportaron las cajas hasta los álamos que separaban los bancales del camping y se tumbaron boca arriba. Orgullosos, útiles. No había ni una sola nube en el cielo, pero el viento del oeste pastoreaba un rebaño de nubes muy blancas en dirección al pueblo, lo único que se veía sobre sus cabezas eran las malditas moscas. Y dio comienzo la competición, cada uno de los dos niños tenía una pequeña patata metida en la boca, seguían tumbados mirando al cielo. Con la boca lanzaban la patata hacia arriba expulsando el aire contenido en los carrillos. La explosión al resoplar violentamente la eyectaba como un proyectil. Ésta se elevaba empujada por el aire expulsado hasta alcanzar dos o tres palmos de altura y regresaba hacia la cara por culpa de Newton. Se valoraba la altura, sí, pero sobre todo, se valoraba que la patata aterrizara de nuevo en la boca limpiamente, cosa que no ocurría muy a menudo. Lucas lanzó muy alto la patata por enésima vez con sus carrillos gordos y sonrosados, un buen lanzamiento, la patata desafió la gravedad cuanto pudo y regresó a la boca abierta de par en par, y lo hizo con tanto acierto que se alojó en su garganta. Lucas se incorporó tosiendo repetidas veces mientras se agarraba el cuello con ambas manos, parecía teatralizar un poco pero realmente se estaba ahogando. Se puso de varios colores antes de que

media docena de golpes que Jürgen le propinó en la espalda bastaran para solucionar el problema.

—No te rías, joder, que casi me muero —dijo cuando ya la había escupido, y añadió— ¿Tú crees en dios, Jota?

—No. Yo creo en Buda, como mi madre.

—¿Y ese quién es?

—Un gordo como tú.

Y así todo. Al menos hasta aquella mañana en que la guardia civil apareció en la caravana para interrogar a Jürgen sobre un incendio. Alguien había metido fuego al cobertizo del viejo de las patatas y ambos niños eran los principales sospechosos. Sobre todo Lucas, que le había dicho a todo el mundo que iba a matar a aquel perro. Bruto había muerto calcinado. La imagen mental del perro achicharrado no le resultó especialmente desagradable —en ese momento se acordó del karma del que su madre tanto le hablaba—. Que le den al perro, pensó, pero puso cara de vaya por dios y contestó a las preguntas de los agentes con semblante serio y un rictus de preocupación. Fue convincente, aseguró que él no había sido, por supuesto, porque nosotros, dijo, siempre hemos tenido perros y nunca haríamos daño a un animal —se refería a él y a su madre—. El argumento los convenció, lo notó en la expresión del agente. De las palabras de éste Jürgen dedujo que ya habían hablado con Lucas y que, aunque no había admitido haber incendiado el cobertizo, sí que había dejado en su declaración ciertas dudas e incongruencias que lo convertían en el principal sospechoso. Por supuesto, no les comentó a los guardias civiles que aquel mismo día Lucas había vuelto a proferir la manida amenaza de que mataría a aquel perro.

Jürgen habló con Lucas horas más tarde. Le rogó que

confiara en él, le aseguró que era su hermano del alma y que jamás lo delataría, pero le suplicó que le dijera la verdad, porque sobre ella, intuyó sin decirlo, se sustentaba el amor y la amistad. Lucas estaba poco hablador, Jürgen no sabía si ocultaba algo o quería otorgar a aquel momento un halo de transcendencia que en realidad no tenía.

—Si te digo la verdad, Jota, ¿no se lo contarás a nadie?
—dijo por fin.

—Te juro que nunca lo contaré, tu secreto estará a salvo conmigo, Lucas —prometió besándose el pulgar y volvió a guardar silencio unos segundos.

—Te diré la verdad si jamás la cuentas —repitió Lucas.

—Palabra, te lo juro, ¿lo hiciste tú, verdad?

—No —respondió con aplomo—. No fui yo.

Después de eso no añadió ni una sola palabra más. Simplemente se levantó y se marchó caminando despacio, y Jürgen, que iba en dirección contraria, se le quedó mirando con una extraña admiración. No parecía preocupado, lo escuchó silbar torpemente alguna melodía mientras se alejaba, supuso que la incertidumbre sobre si había sido él o no, le otorgaba un nuevo estatus en la comunidad. Prefería cargar con la culpa o la sospecha de algo que no había hecho a soportar el sambenito de niño bonachón y pusilánime. Llevó sin complejos el mote de quemaperros como el que tiene escondido en algún lugar secreto un tesoro que no le pertenece.

Aparcó frente al camping. Alguien lo había cambiado todo de sitio. El paisaje que recordaba estaba desordenado y el día había amanecido gris, la luz resultaba algo perezosa y con ella el tiempo transcurría dos veces seguidas. Andaba despacio, el aparcamiento estaba cerca de la entrada, pero el calor ralentizaba

el tiempo y a las moscas. Y si costaba matarlas era porque la mano tampoco andaba muy ágil. Como el día, como la luz. Pasó por debajo del arco que anunciaba Camping de Órgiva y avanzó por un pasillo de grava flanqueado por álamos, no se detuvo en la recepción y fue directo hacia el edificio que tenía unas mesas y sillas en la puerta. Se trataba de una construcción nueva, no la recordaba. Entró y se sentó sobre un taburete en una esquina de la barra, el único sitio que quedaba libre en el establecimiento. Había familias enteras ocupando las mesas y la barra, alimentaban a sus hijos con trozos de pan, como harían los gorriones con sus polluelos. Mucho ruido en el local y como Jürgen no hablaba muy alto a la camarera le costó entender lo que pedía. Puso cara de no te entiendo. Tuvo que repetírselo dos veces: un café con leche y una tostada de tomate con aceite, una tostada de tomate con aceite y un café con leche. Alteró el orden la segunda vez que lo repitió para ver si así conseguía hacerse entender mejor. La camarera tenía las cejas pobladas y mucho pelo en los antebrazos, si no resultaba atractiva era porque le habían implantado unos brackets para que no estuviera fea. Tenía los brazos velludos, pero había algo en ella que le resultaba agradable. Los párpados, algo más caídos de lo habitual en cualquier persona, le daban un aspecto somnoliento y hacían que su mirada pareciera inofensiva y cómoda de mantener. Su cara le resultaba confortable, si es que las caras de alguna manera pueden resultar así. También debía parecerse a una mosca que le zumbaba frente a los ojos como si en el planeta no hubiera un lugar mejor donde posarse. La camarera intentó espantarla haciendo aspavientos con los brazos, la mosca se la jugaba porque la mano pasaba cerca, quizás sólo le quedaba un día de vida pero no tenía miedo

porque molestar a la camarera le daba sentido a su existencia y, sobre todo, porque sabía que si le acertaba iría al cielo de las moscas. Con un revés a una mano que el mismo Federer habría firmado se deshizo de ella, pero quedaban otras ciento cincuenta mil millones de moscas o más, dios sabe cuántas, unas afanándose en los ojos de los caballos escuálidos, otras haciendo insufrible la vida en el Serengueti y unas cuantas más tomando el relevo de la anterior y revoloteando delante de la cara de la camarera de los brackets y la mirada amable. Jürgen le preguntó que cómo podría hablar con el director del camping, que era importante. Ella dejó lo que estaba haciendo e hizo esperar a varias personas que la atosigaban como moscas para que les cobrara la cuenta del desayuno. Le sirvió el café a Jürgen y le preguntó que si el café lo quería con la leche fría o con la leche caliente, y le preguntó que si a quien buscaba era al dueño del bar o al del camping. Al del camping y con la leche fría, dijo él. Y ella se dio media vuelta como si no lo hubiese escuchado y cuando le trajo la tostada le contestó que fuera a recepción y que preguntara por él, porque a esa hora era muy probable que aún estuviera allí.

Por eso se acabó tan rápido el desayuno y se dirigió a la oficina que había a la entrada del camping. Su abdomen protestó con algunos movimientos intestinales mal sincronizados. Ya en la recepción del camping pensó que era mejor empezar por el final y en lugar de preguntar por el director, le dijo a una señorita muy simpática que él era el hijo de la mujer que había aparecido muerta en una caravana hacía unos días. No hizo falta que volviera a añadir nada más, todo se puso en marcha con cierta urgencia, eso era algo evidente por el lenguaje corporal de la chica que lo había atendido. El éxito o el fracaso dependen

a veces simplemente del orden elegido en la construcción del mensaje, a menudo es mejor empezar por el final, eso permite al interlocutor escuchar con mayor atención el resto.

En menos de unos minutos un señor de unos setenta años, con una cara que le resultaba muy familiar, se presentó ante él como el dueño del camping. Al estrecharle la mano los ojos grises le temblaron.

—¿Jürgen?

—Sí —contestó algo confundido por el hecho de que conociera su nombre.

—Acompáñame.

Anduvieron sin hablar ni una sola palabra hasta llegar a una alameda al fondo del parking, él de sobra conocía el camino, la caravana seguía estacionada en el mismo sitio donde la recordaba. Había más sombra que antes y los troncos de los álamos blancos eran más gruesos, pulidos como enormes huesos de dinosaurios. El resto permanecía exactamente igual que en su memoria, salvo que la caravana era más pequeña. La pintura estaba descolorida por el sol y las ruedas seguían pinchadas. Entró en ella. El hombre se quedó fuera, parecía preocupado, paseaba en círculos como un tigre encerrado en una jaula.

Ya dentro de la caravana Jürgen se sentó en el sofá esquinero del fondo, frente a la mesa, ¿qué más podía hacer? Nada. Observó el espacio desde allí como si ayer mismo la hubiera visitado y nada le resultara ajeno. Al otro lado, sin su madre muerta encima, la cama permanecía deshecha, daba la sensación de que alguien acabara de levantarse. Todo estaba en el mismo lugar que entonces, pero desgastado y con los colores más apagados, la bruma del tiempo los cubría. Miró lo que

había a su alrededor y recordó la litera en la que él dormía, cerca del techo, luego abrió un cajón y encontró la ropa interior de su madre, calcetines y poco más pudo ver porque lo cerró casi de inmediato —nadie quiere abrir el cajón de la ropa interior de su madre—. El suelo estaba sucio y algunas puertas de la cocina entreabiertas. Miró dentro de la nevera y un bofetón de mal olor le hizo desistir con cara de asco. Sobre la mesa había un periódico alemán publicado meses atrás, lo hojeó y, acto seguido, se agachó y abrió una puerta bajo el fregadero, había una caja de zapatos, estaba sentado sobre sus talones. Abrió la caja de cartón y en su interior encontró las llaves de un coche, algo de efectivo, la cartilla de un banco con poco saldo y tres cartas cerradas con el sello que Correos estampa en ellas cuando han sido devueltas. Su nombre estaba escrito con letras mayúsculas en el destinatario, habían sido dirigidas a la dirección del Centro de menores donde él residió durante un año, antes de irse a vivir con Sonia en la casa de José María. Abrió una de ellas y la leyó.

Lieber Jürgen, mein Schatz.

Ich hasse den Briefträger, er hat mir die ersten beiden Briefe, die ich dir aus dem Gefängnis geschickt habe, ohne die zu öffnen, zurückgegeben. Ich hätte es vorgezogen, wenn er es nicht getan hätte, ich hätte lieber gedacht, du hättest sie gelesen, auch wenn du mir nicht vergeben würdest. Darin erzählte ich dir, wie ich im Gefängnis war und was meine Routinen und meine Arbeit hier sind. Ich bin in Küchen, wie immer. Sie sind nett zu mir, ich rede nicht, ich habe nichts zu sagen, ich denke nicht, dass es etwas bringt, was ich sage. Selbst jetzt, da ich dir diesen Brief schreibe, finde ich nicht, dass es etwas bringt, weil ich bereits weiß, dass du beschlossen

hast, sie nicht zu lesen.

Als sie den Beutel mit Kokain in der Tasche fanden, habe ich sie angeschrien, ich hatte es darin gelegt, erinnerst du dich nicht? Ich wurde gefesselt und aus dem Wohnwagen gezerrt, ich schrie, es sei nicht deins, es sei meins. Du warst eine Statue, du hast dich nicht bewegt und obwohl du mich angeschaut hast, hast du mich nicht gesehen, ich dachte du würdest nicht abgetastet werden, nur deshalb habe ich es getan, du musst mir glauben

Querido Jürgen, mi niño.

Odio al cartero, me ha devuelto sin abrir las dos primeras cartas que te he enviado desde la cárcel. Habría preferido que no lo hiciera, habría preferido pensar que tú las habías leído aunque no me perdonaras. En ellas te contaba cómo estoy en la cárcel y cuáles son mis rutinas y mi trabajo aquí. Estoy en cocina, como siempre. Se portan bien conmigo, yo no hablo, no tengo nada que decir, no creo que sirva para nada que hable. Incluso ahora que te escribo esta carta no creo que sirva para nada porque ya sé que has decidido no leerlas. Cuando ellos encontraron la bolsa de cocaína en tu bolsillo yo les grité que la había puesto yo, ¿es que no lo recuerdas?, me esposaron y me sacaron de la caravana arrastrándome, yo gritaba que no era tuya, que era mía. Tú eras una estatua, no te movías y, aunque mirabas hacia mí, no me veías, yo pensaba que a ti no te cachearían, sólo por eso lo hice, tienes que creerme...

En ese momento Jürgen dejó de leer la carta e hizo una pelota de papel con ella apretándola con rabia entre las manos. Repitió la operación con las otras dos cartas aún sin abrir y las arrojó a un cubo metálico que había fuera, al lado de las escaleras de la caravana. Encendió un papel con el mechero

que aún llevaba en el bolsillo y lo arrojó dentro del cubo para que todo ardiera.

—Mientes —dijo en voz alta—. No debí haber venido.

Salió de la caravana frotándose los ojos y se encontró de bruces con el dueño del camping que lo observaba.

—¿Mi madre tenía coche? —le preguntó con un tono áspero.

—Sí, pero el coche era mío. A mí no me hacía falta y por eso ella lo utilizaba —parecía estar disculpándose—.

—¿Y la caravana también era suya?

—Sí, lo siento.

—¿Y ella le pagaba por todo esto?

—Yo la quería.

—O sea, que sí le pagaba, pero de otra forma. Espero que no sea usted mi padre.

—Ojalá fuera así.

No quería seguir conduciendo por la autovía y el tumor decidió que era una buena idea optar por una ruta alternativa, menos tediosa. Jürgen estuvo de acuerdo porque desde que salió del camping había conducido hasta enlazar en Granada con la A-92 y después de dos horas los kilómetros pasaban sin que hubiera resuelto aún hacia dónde se dirigía. Estaba cansado. Dejó la autovía y se detuvo en una gasolinera. La carretera comarcal que unía Antequera con Campillo, estaba flanqueada de campos de cereal y olivos, también había, aunque menos, bancales de almendros en las zonas un poco más escarpadas. El calor era sofocante cuando la carretera se aproximaba al río Guadalhorce, del asfalto se levantaba una calima que transfiguraba la visibilidad y mostraba el espejismo de un incendio lejano. Jürgen conducía a unos 70km/h, circulaba por debajo del límite establecido, quería ir despacio porque no tenía prisa y porque no había buena visibilidad, el día era gris y las previsiones meteorológicas había anunciado tormentas en la zona. La monotonía del paisaje y la carretera tan recta hicieron que en algunos tramos se desconcentrara de la conducción y actuara de una manera mecánica. El impacto contra el morro del coche fue brutal, algo o alguien salió desde detrás de unos arbustos, cruzó la carretera y fue arrollado durante decenas de metros por su vehículo antes de que le diera tiempo a frenar. Las

ruedas delanteras lo engulleron y el coche pasó por encima de aquel cuerpo con dos saltos, tambaleándose de un lado a otro como la campana de una vaca. Las ruedas del costado izquierdo saltaron por encima de la masa de carne humana o animal y ésta quedó hecha un guiñapo a un lado de la carretera, unos metros más atrás. El ruido fue lo que más lo sorprendió, el sonido estridente de la colisión contra la carrocería y el aullido de aquel ser, presa del dolor. Justo en ese momento la lluvia decidió que era un momento perfecto para aparecer. Detuvo el vehículo y escuchó el tamborileo de las gotas sobre el techo metálico y sobre el capó. Había una luz brumosa y gris y una cortina de agua que no dejaba ver mucho más allá de una veintena de metros. Las gotas arreciaban sobre el parabrisas, iba a ponerse empapado cuando decidiera salir del vehículo, se quedó unos segundos con las manos aferradas al volante pensando en si tenía otra opción además de la de salir del coche. No sabía con certeza si había atropellado a un niño o a un animal. Era pequeño, eso seguro. Se culpaba, no había estado suficientemente concentrado al conducir, su mente había vagado por territorios de la infancia cuando se produjo el incidente y lo había cogido por sorpresa. Sintió una profunda angustia y unas ganas irrefrenables de vomitar, tragó una bocanada de bilis y saliva que, con los espasmos abdominales, se había abierto camino hasta llegar a la boca. Echó el coche a un lado, abrió la puerta y escupió al suelo desde el asiento. Su corazón se lanzó a una carrera enloquecida. A pesar de la lluvia, por fin se decidió a bajar del coche y retrocedió a pie hasta llegar a la altura de aquel cuerpo deslavazado, tenía desprendido un trozo de piel de la espalda, como una bandera desollada que no agitara el viento. Así yacía a un lado de la carretera, inmóvil. No había

mucha sangre. Pudo entonces comprobar que se trataba de un animal. Era un perro, un maldito perro, y suspiró aliviado. Dijo «mierda» muchas veces, haciendo especial hincapié en la e, lo repitió hasta sentir el poder terapéutico de la palabra «mierda». La lluvia lo empapaba y limpiaba el olor de la palabra «mierda». Solo entonces se inclinó con la cabeza hacia el suelo y poniendo las palmas de las manos en las rodillas resopló más tranquilo. Menos mal, dijo masajeadose la frente, y volvió a escupir otra vez, ahora sin mucho éxito porque el sabor agrisado permaneció en su boca y un brillante hilo de baba, como el que una araña tejiera para su tela, quedó colgando de su labio inferior. Pobre perro, pensó mientras se limpiaba la boca con el antebrazo. Había pasado toda su infancia rodeado de perros, le supo mal alegrarse por la muerte de uno de ellos, los perros son leales, nunca te traicionan.

«Cadáver». A veces Jürgen, en su cabeza, podía leer lo que estaba pensando. Lo visualizaba por escrito sobre una pantalla, era como si pudiera teclear a una velocidad vertiginosa en un ordenador. En esos momentos tenía la seguridad de que leía las palabras que estaba pensando —quizás una décima de segundo antes de hacerlo—, era como un extraño *déjà-vu*. Había leído la palabra «cadáver» en la pantalla de su mente justo en el instante del atropello, cerraba los párpados y continuaba viéndola sobre un fondo negro, como cuando miras el sol un instante y la imagen queda impresa en la retina hasta que poco a poco se desvanece.

A otro lado de la carretera había un descampado y un pequeño cobertizo para guardar herramientas. Cruzó. En un costado el agua estancada de una amplia acequia despedía un hedor nauseabundo, no era como si un cuerpo

en descomposición estuviera macerándose dentro de ella, sino que realmente el cadáver de un gato, hinchado por el abdomen como un globo, fermentaba flotando en el agua verdosa con las patas estiradas y rectas —lo cual le daba al animal un aspecto de mesita de noche kitsch—. Los jugos gástricos de un animal invisible lo estaban digiriendo por dentro. Se quedó mirando al gato, era de color oscuro y olía a ese color. Se dio la vuelta para recorrer los pocos metros que lo separaban del perro con el que había colisionado, había pensado arrastrarlo hasta la acequia que acababa de ver al bajar del coche, pensó que aquel era un buen lugar para arrojarlo, un cementerio de animales. Pero el perro, que no era un perro sino una perra, aún estaba vivo, o viva. Prefirió esperar a que se muriera y, mientras tanto, se fue hacia el maletero del coche a buscar un rollo de papel higiénico y un bote de agua con limpiacristales que guardaba desde que la bomba del limpiaparabrisas había dejado de funcionar. Comenzó a pulverizar en el parabrisas y en las rejillas que protegen el radiador con el fin de ablandar los restos de materia orgánica del frontal del vehículo para evitar que la sangre se coagulara y se secara, dificultando así la limpieza. Esa tarea le ocupó unos minutos. Cuando terminó se percató de que la rueda de repuesto que había montado se había pinchado con el impacto y dijo joder. Se acercó a ella y le dio otra patada. Su madre, desde la urna que viajaba en el asiento de atrás, añadió, «esto no tiene arreglo».

Regresó sobre sus pasos para comprobar, con cierta repulsión, que la perra estaba convulsionando. Los movimientos abdominales la hacían expulsar por el hocico bocanadas de una saliva con aspecto de espuma blanca y, a la vez, justo por el otro extremo del tracto digestivo, una mezcla de baba sanguinolenta.

La perra se había puesto de parto. No le cupo ninguna duda de eso cuando un cachorro, con los primeros estertores, cayó sobre la tierra envuelto en una bolsa membranosa y húmeda. Le siguieron dos perritos más, todos ellos inmóviles y babosos. Eran tres perritos inánimes metidos en una especie de preservativo ya usado. Un último empujón le sirvió a la perra para expulsar al cuarto de los cachorros. Este último pequeño no estaba muerto, pateaba con brío para zafarse de la pegajosa bolsa amniótica que lo envolvía. Era marrón oscuro y estaba vivo el cabrón. A Jürgen le pareció un fastidio, porque algo tendría que hacer con él. Lo envolvió en una camiseta sucia, lo secó y lo puso en el maletero dentro de una caja de cartón. A pesar de la lluvia el coche estaba caldeado y a buena temperatura. El perrito, reconfortado y caliente, dejó de gimotear. Recordó que aún tenía que mandarle un mensaje a Sonia diciéndole que estaba bien. No era el momento de hacerlo.

Se acercó a la puerta del cobertizo y comprobó que estaba entreabierta, gritó varias veces hola y ¿hay alguien ahí?, sin obtener una respuesta. Sólo entonces se atrevió a asomarse. Más que ayuda buscaba consejo, estaba claro que tendría que llamar a la grúa porque no tenía rueda de repuesto, pero lo que no sabía era qué demonios tenía que hacer con el cachorro, quizás preguntar por la perrera o por una protectora de animales, o más bien pedir consejo, eso quería, simplemente alguna idea. En realidad quería lo que quiere todo el mundo, deshacerse de los problemas, no confiaba mucho en que allí pudieran prestarle ayuda, pero por si acaso, iba a intentarlo.

El suelo de la estancia era de cemento, en una esquina había una hilera de muebles de cocina y en la otra aperos de labranza y cachivaches en apariencia inútiles, herramientas y

polvo por todas partes menos encima de la mesa de madera, que estaba cubierta con un hule muy limpio, en el centro de la estancia. Era ese tipo de sitios donde es fácil dejar las cosas aquí y allá. La mesa estaba flanqueada por cuatro sillas de anea algo desvencijadas, parecía el campamento de unos exploradores en los confines del mundo. El fregadero estaba lleno de platos sucios y el olor a comida aún flotaba en el ambiente, la luz se abría paso por un ventanuco situado en la parte alta, iluminaba miles de partículas de polvo que sin ella serían del todo invisibles. Un dormitorio comunicaba con aquella sala, se asomó a la puerta y se sobresaltó al ver a un niño de unos diez años jugando a una Gameboy. Tenía rasgos de ser de origen magrebí.

—Perdona. Hola, ¿cómo te llamas?

—Ahmed.

—He tenido un accidente con el coche, justo ahí enfrente.
¿Están tus padres?

—Están trabajando. No regresarán hasta las siete.

—¿Qué estás haciendo?

—Juego a los pokemon.

—¿Cuál es tu preferido?

—Grownlithe, es un pokemon tipo fuego, evoluciona a Arcanine. Tiene forma de perro.

—He atropellado a una perra con el coche, lo siento, no pude evitarla, espero que no sea vuestra.

—No, no es nuestra, pero sé cuál es. Anda siempre por aquí porque yo le echo los desperdicios de nuestra comida. Es de color marrón oscuro ¿verdad?

—Sí.

—¿Está muerta?

—Está a punto de morir.

—¿No ha muerto aún?

—No, aún no, pero está muy grave.

—Vale. Pues si no nos damos prisa se va a morir sola —
dijo el niño.

Dejó la Gameboy sobre la cama y encogió los hombros, no lo hizo para indicar que no sabía algo, simplemente tenía la costumbre de hacer ese gesto, lo había repetido mientras hablaban y a Jürgen le llamó la atención, así que él también lo imitó torpemente antes de salir de la casa para que el niño lo siguiera. Ya en la calle le hizo una señal con la cabeza para indicar la dirección en la que se encontraba el animal.

Cuando Ahmed llegó al lado de la perra se acuclilló a su lado y le susurró algo en árabe, el niño parecía una rana y lo que le dijo al animal sonó a palabras de consuelo. Después acercó una piedra de tamaño mediano y la usó como asiento, se colocó junto a la perra observando los leves movimientos del abdomen del animal y dijo, «aún respira». Puso la mano en su barriga. La pequeña mano subía y bajaba rítmicamente, el movimiento era tan acompasado que no quedaba muy claro si era el abdomen del animal al inspirar el que elevaba la mano del niño o si, por el contrario, era la mano de éste al levantarla la que atraía la piel hacia arriba para que el aire pudiera entrar en sus pulmones.

—Es mejor que sepa que no se va a morir sola.

—Estaba embarazada, ha malparido por el accidente y sólo uno de los cachorros ha sobrevivido. No sé qué hacer con él, quería preguntarles a tus padres si saben dónde puedo llevarlo.

—Ellos no lo saben. No te preocupes, puedes marcharte, yo cuidaré del cachorro. Ya lo he hecho otras veces. Toman

biberón.

La perra, que parecía estar esperando al niño para morir, hizo un extraño sonido gutural y dejó de respirar. La mano, sobre el abdomen, se detuvo.

El niño se puso en pie y arrastró a la perra del rabo hasta la acequia y la arrojó dentro sin que en su rostro pudiera adivinarse ninguna señal de tristeza. Al ver allí también el cadáver del gato dijo que habría que llamar al ayuntamiento para que se los llevaran y para que su padre no le regañara por el mal olor.

—¿Dónde está el perrito?

—En el maletero.

—Lo llamaré Arca, por Arcanine, la evolución de Grownlithe.

—Me gusta ese nombre, Arca —y Jürgen lo repitió en voz alta para ver cómo sonaba—. Arca. Es un buen nombre de perro. Puedo pasarme a por él dentro de unos días.

—Tú no sabrías darle de comer, contigo no sobreviviría —Ahmed bajó la mirada hacia las sandalias y le dio un puntapié a una piedra—. Si quieres puedes volver dentro de unos meses, cuando sepa comer solo.

—Trato hecho —dijo Jota sin pensar que cumpliría su palabra y que aquel perrito se parecería mucho a Brown.

Estaban completamente mojados.

Subido junto al conductor de la grúa desandaron el camino para dejar el coche en un taller de Antequera, la población más cercana. Estaban cerrando en el momento que llegaron, pero el encargado accedió a esperar unos minutos para que pudieran dejar el vehículo dentro. Le aseguró que podría recogerlo a partir de las diez de la mañana del día siguiente.

—No encontrará por la zona ningún taller abierto a esta hora, amigo. Tendrá que hacer noche en el pueblo.

—Está bien —contestó resignado y se despidió de la urna.

Buscó alojamiento y se hospedó en una pensión muy céntrica. De haber tenido el coche se habría acostado dentro de él en un saco de dormir que había comprado años atrás en Decathlon y que siempre trasportaba en el maletero. Una vez plegados los asientos traseros podía extenderse y era bastante cómodo porque tenía pegado un delgado colchón inflable. No era la primera vez que lo había usado.

El hotel donde decidió hospedarse era una casa tradicional reformada para servir como alojamiento rural. Tenía un patio interior con una fuente que vomitaba agua y dos pisos circundados por un pasillo al que daban todas las habitaciones. El patio estaba alicatado con losetas blancas y azules hasta una altura de más o menos un metro y medio. La habitación era fresca y la decoración sobria, a un lado había una mesa de madera y

una jofaina inútil. El hecho de que no hubiera ningún cuadro sobre las paredes blancas daba a la habitación el aspecto de ser el dormitorio de una monja en un convento. Estaba exhausto porque no había descansado bien en el sillón durante la noche anterior, aun así no se echó en la cama de matrimonio porque era temprano y, sobre todo, porque tenía mucha hambre y temía dormirse. Se duchó y apenas hubo deshecho la maleta, sacó de su interior un neceser con las cosas de aseo y algo de ropa para cambiarse tras la ducha.

Cuando salió a la calle estaba relajado por el impacto del agua caliente en la espalda, la cabeza comenzó a zumbarle suavemente. Se dirigió sin rumbo fijo hacia la zona norte del pueblo, donde la recepcionista le había dicho que podría encontrar algún buen lugar para comer, disfrutar de un paseo por la plaza de la Colegiata de Santa María la Mayor y admirar los restos bien conservados de unas termas romanas del siglo I d.C. Por el camino llamó su atención una pequeña tienda de souvenirs y entró en ella sin otra intención que pasar el rato. La dependienta le preguntó en inglés si buscaba algo en concreto y él le respondió que no, aunque terminó comprando un diario Moleskine con una solapa magnética y unos motivos decorativos geométricos que vagamente recordaban a la decoración de los templos musulmanes. Pensó al verlo que sería una buena idea hacer un cuaderno de viaje, escribir en él las sensaciones que le despertaran los lugares que iba a visitar durante esos días, tal vez garabatear dibujos de paisajes o de monumentos. Con un diario tan bonito le resultaría poco menos que imposible resistirse a la necesidad de escribir en él. Lo puso sobre el mostrador y le pidió que se lo envolviera para regalo, también le pidió un lápiz y un sacapuntas metálico, de esos que te da la corriente

cuando tocas la cuchilla con la punta de la lengua. Pagó y salió de la tienda para adentrarse en un entramado de callejuelas que lo condujeron después de caminar durante unos minutos hasta un arco de piedra. Éste servía como entrada a una plaza diáfana que formaba parte de una de las antiguas murallas de la ciudad, el suelo era de piedra gastada y el espacio estaba circundado de soportales y locales repletos de gente cenando en las mesas de la calle, hacía buen tiempo, había refrescado un poco por la tormenta, pero la temperatura era muy agradable.

Se sentó en una mesa y pensó que, tal y como le habían aconsejado, aquel resultaba ser un buen lugar. Pidió un vino y un salmorejo antequerano. Le sirvieron un salmorejo exactamente igual al que conocía, pero con atún, estaba muy bueno o él tenía mucha hambre, una de las dos cosas era verdad, o las dos. Sacó del bolsillo el móvil para mandarle un mensaje a Sonia, porque parecía un buen sitio para estar acompañado de alguien especial y se había acordado de ella. Borró el mensaje que ya había empezado a escribir y comenzó a desenvolver con parsimonia lo que acababa de comprar. Se sorprendió al verlo, no porque fuera un diario, claro, eso ya lo sabía él, sino por el tacto de sus hojas y, sobre todo, por el olor que emanaba al acercarlo a la nariz. Se lo enseñó a un perro que dormitaba junto a su mesa para saber la opinión de un experto y éste se aproximó a husmear pensando que se trataba de algún resto de comida que le estaban ofreciendo. Tras olisquearlo con desinterés y cerciorarse de que no era comestible, se dejó caer pacientemente mientras se entretenía con los movimientos de unas palomas cercanas. Poco después el camarero se acercó a preguntarle que si deseaba tomar algo más. Pidió otro vino y luego otro más, la ducha y los vapores del alcohol lo sumergieron

en un territorio caliginoso.

Los niños de la mesa de al lado apenas lo molestaban, se dedicó a escuchar las conversaciones cercanas y le pareció que eran insustanciales porque eran conversaciones de familia, temas manidos y estuvo seguro de que si no tuvieran hijos estarían hablando de otras cosas, de temas más interesantes porque no existirían sus hijos. Uno de ellos intentó desviar la conversación y preguntó si alguien había visto la final de Wimbledon entre Federer y Nadal, afirmaba estar seguro de que ese partido sería recordado como el mejor de la historia. Nadie le respondió. Hubo un silencio incómodo y uno de ellos dijo que a su hijo le había salido el primer diente y que no se habían dado ni cuenta porque hacía tiempo que había dejado el pecho. Jota pensó que los pechos sí deberían existir, pero que los niños no. Como no debería existir el hijo de Sonia, ni el hijo de nadie en el mundo. Abrió el diario, quería estrenarlo. Estaba impaciente, iba a escribir en la primera página, abajo, a la derecha y con una letra muy pequeña, su nombre y su número de teléfono, para que pudieran llamarlo si alguna vez lo perdía u olvidaba en algún sitio. Sin embargo pensó que iba a escribir en él cosas muy personales, quizás intimidades y sueños inconfesables, por lo que no sería aconsejable que un desconocido supiera a quién pertenecía y desestimó la idea. En el lugar donde habría ido esa información pensó en poner una cita. El camarero no había limpiado el cenicero y en él descubrió el papel arrugado de un sobre de azúcar de un cliente anterior, lo estiró bien sobre la mesa y leyó una cita que comenzó a transcribir en su diario: Lo mejor del futuro está en el pasado. Luego, dio un sorbo a la copa de vino y sin darse cuenta derramó involuntariamente unas gotas justo encima de esa primera hoja. Y aunque se apresuró

a secarlas con una servilleta, las manchas quedaron sobre lo que acababa de escribir. Estaba algo mareado con los tres vinos y no supo bien si fue por eso o porque las gotas cayeron con cierto estilo, el caso es que le pareció que las manchas habían quedado bien y que eran un buen principio para un diario tan personal. La palabra *pasado* se había emborronado como si sobre ella hubiera caído una gota de sangre.

Como si lo hubieran sorprendido copiando en un examen cerró el cuaderno cuando una mujer se acercó a pedirle fuego. Después de darle las gracias le preguntó si estaba acompañado. Era, aunque por su forma de vestir no llamaba demasiado la atención, una prostituta que buscaba un cliente. La delataban unos tacones amarillos que combinaban mal con el resto de la ropa. Su aspecto de guiri y de forastero solitario lo convertían en una víctima propicia. El camarero se acercó a preguntar si lo estaba molestando —estaba claro que la conocía de haberla visto deambular por la zona— pero Jürgen le dijo que no, que era una amiga, y la invitó a sentarse ante la mirada reprobatoria de éste. Ella hizo un gesto con la boca, arrugándola y girándola hacia un lado de la cara, como para decirle al camarero te jodes. Estaba muy delgada y algo demacrada, aparentaba tener su misma edad, unos treinta y tantos años, quizá más. Conservaba un atractivo juvenil que se resistía a marcharse.

—No eres de por aquí.

—No. Estoy de paso. Se me ha averiado el coche y he de pasar la noche en el pueblo. Mañana lo reparan.

—¿Me invitas a algo? —preguntó con cierto recelo.

Jürgen asintió con la cabeza mientras seguía manoseando el cuaderno. Le apetecía hablar, escuchar a alguien. Ella llamó la atención del camarero y pidió una jarra de cerveza y dos

tapas. Una de secreto y otra de musaca.

—¿Puedo?

Y él volvió a decir que sí con un leve movimiento.

—Y también una de chuletillas de cordero —añadió en voz alta cuando el camarero ya se alejaba.

Jürgen se acordó del hombre gordo que era o no era su padre y sonrió.

—¿Cuéntame cosas sobre tu vida? ¿Turismo?

—No exactamente. Voy de viaje, mi madre ha fallecido y llevo sus cenizas en el coche. No sé dónde las tiraré, aún no lo he decidido.

—Vaya. Lo siento —dijo ella cabeceando hacia ambos lados para mostrar cierta empatía—. Pues qué curiosa historia, este trabajo tiene eso, que te enteras de cada cosa —añadió, pero esto último que dijo no se le entendió muy bien porque tenía la boca llena de comida.

—Se me ha pinchado una rueda y he dejado el coche en un taller a la entrada del pueblo. Mañana por la mañana lo recogeré. ¿Y tú? Cuéntame algo de ti.

—Pues yo estaba viviendo en casa de una amiga, pero su chulo quiere que trabaje para él y hemos tenido una buena bronca esta tarde —le muestra un moratón en el escuálido antebrazo.

—No deberías permitir esas cosas.

—Yo sé dónde podrías arrojar las cenizas—dijo cambiando de conversación y tropezándose con las sílabas como si hubiera tenido repentinamente una idea brillante que necesitara compartir rápidamente. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Dónde? —preguntó Jürgen con una entonación que dejaba claro que no albergaba mucha esperanza en la utilidad

de la información que estaba a punto de recibir.

—En el valle del Jerte, está lleno de cerezos. En marzo es precioso ¿lo has visto en la tele?

—Sí, lo he visto, pero estamos en septiembre. Sin embargo, me parece curioso que digas eso, a mi madre le gustaría reposar allí.

—Pues vayamos, yo tengo una amiga por allí cerca, es rusa, trabaja como camarera en la hospedería de un pueblo que se llama Navaconcejo. ¿Es bonito? Mira que fotos —y saca el móvil.

—Parece un pueblo medieval. ¿Es grande?

—Sí, tiene más de 2.000 habitantes y una de las rutas de senderismo más conocidas de España, la ruta de Las Nogaledas. ¿Te gusta el senderismo? A los de ciudad os gusta mucho el senderismo.

—Yo no soy de ciudad.

—Pues no pareces de pueblo. Pareces un guiri.

—¿Y tú como sabes todo eso de Navaconcejo y del Jerte?

—Me lo ha dicho ella.

—¿Y tiene trabajo para ti?

—Eso dice. Y si no tiene, ya me buscaré yo el trabajo —da otro trago a la jarra de cerveza y disimula un pequeño eructo poniéndose el envés de la mano en la boca—. Perdón, es que no estoy acostumbrada a comer tanto. Por cierto, ¿dónde te alojas?

—Creo que se llama Pensión Los franciscanos, está cerca de la plaza del ayuntamiento.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? No tengo dónde dormir y mañana podríamos viajar juntos hacia el Jerte, yo me iría a Navaconcejo y tú a tirar a tu madre por ahí.

—No sé. Perdona, pero ni siquiera nos conocemos, ¿cómo te llamas?

—Sonia.

—Vaya. ¿Ese es tu verdadero nombre?

—No.

—Pues dime el nombre de verdad, anda.

—María de las Mercedes.

—Ese me parece mucho mejor. Mira, Mercedes, no sé si te dejarán entrar conmigo en la pensión, quizás tengamos suerte.

—¿Eso es un sí?

Ya dentro de la habitación Jürgen le dijo «ve y dúchate mientras yo me cambio».

—Eso debería haberlo dicho yo.

—Hoy lo digo yo —respondió un poco brusco—. La cama es de matrimonio y estaremos muy cerca. Cuando vengas a la cama yo ya estaré dormido. ¡Ah!, y no hay dinero en la cartera. Solo tarjetas.

—No sé por qué dices eso.

—Por nada.

Los gastos del tanatorio, las dos ruedas y el alojamiento habían disparado el presupuesto. Al bancario que llevaba dentro le gustaba anotar en su nuevo diario todos los gastos del viaje. Mucha gente vivía dentro de él, el tumor, el niño hippie, el bancario, el hipocondríaco, el Jürgen que odia y, ahora también, el que duda después de haber leído la carta de su madre. Son demasiada gente, a veces no caben, se dan codazos, no se pueden rebullir. Tampoco es que lo del dinero le importara demasiado, pero le encanta escribir a mano, se siente orgulloso de su letra, desigual, alargada, inconexa, a veces limpia y a veces sucia, otras desgarrada. Le gusta verla manuscrita en una libreta tan bonita, porque la letra es él y la libreta también es él.

La lista de gastos recogía la cerveza a la entrada de Lanjarón, el tanatorio, el café con tostada en el camping, más las cervezas y los vinos en Antequera, la pensión, la gasolina y el taller.

—¿Qué haces? dijo, Mercedes—, ¿no piensas arrancar el coche?

—Estoy anotando los gastos. Morirse sale muy caro.

Habían puesto la urna sobre una caja de cartón en el asiento trasero, como a un niño en un elevador.

—Somos como una familia y tenemos una hija muerta —dijo ella mientras él le abrochaba el cinturón a la urna.

A Jürgen no le hizo ni pizca de gracia el comentario, pero no hizo ningún gesto. Mercedes viajaba a su lado con la falda muy corta y los pies descalzos en el salpicadero, los tacones amarillos los había dejado tirados en el suelo, sobre la alfombra.

—¿Rumbo al valle del Jerte, no?

—No. Nos vamos a Riotinto.

—Tú mismo. Yo voy a tomarme un Valium, que he dormido fatal con la barriga tan llena de comida, y, además... roncas ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía. Por cierto, haberte ido a la casa del chulo de tu amiga, ese seguro que no ronca.

—También ronca. Todos los tíos que conozco, roncan. Pero algunos roncan más que otros.

—Eso parece el final de un libro de George Orwell, *Rebelión en la granja*.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Tienes agua?

—Sí. Dentro de la guantera hay una botellita. No la chupes.

—¿Que no qué? —pregunta Mercedes sonriendo y casi se atraganta mientras se echa las pastillas a la boca—. Y ahora, a dormir —apostilla.

En menos de diez minutos Mercedes se quedó dormida, dio un respingo seguido de un pequeño ronquido y se giró hacia un costado ovillándose en posición fetal. Cada cierto tiempo sacaba la lengua y mascaba un chicle inexistente. Se le veían las bragas.

Eran las once y media de la mañana, el paisaje era monótono, condujo durante casi dos horas y, para su sorpresa,

atravesó Sevilla sin apenas retenciones de tráfico. Encendió la radio, en todos los noticiarios seguían hablando de la caída de Lehman Brothers y de cuáles serían las consecuencias a corto y medio plazo. Los tertulianos, según cuáles fueran sus afiliaciones políticas, lo achacaban a un problema estructural o a otro, o a todos a la vez; como si aquello fuera un edificio de cuyo estado ruinoso todo el mundo estaba al tanto desde hacía tiempo y nadie hubiera dicho nada. La tan manida burbuja inmobiliaria acababa de estallar.

Dos horas pueden ser mucho tiempo si estás llorando o haciendo el amor, o muy poco tiempo si estás trabajando o conduciendo por una autovía que te lleva directo desde Antequera a Sevilla. Tomó dirección a Riotinto, le quedaba poco más de una hora de camino.

Antes de darse cuenta el navegador le advirtió de que estaban entrando a la población de Riotinto. Pensó que arrojar allí los restos de su madre, podría ser una buena idea. Mercedes se desperezó como una gata y estiró los brazos en cuanto el coche aminoró la velocidad, Atusó su peinado y recompuso la falda con recato. Era como una niña pequeña que se despierta justo cuando las revoluciones del motor cambian de frecuencia.

—¿Ya estamos en el Jerte?

—No. Estamos en Riotinto.

—Joder. Entonces estamos a tres horas y pico de Navaconcejo.

—Puedes coger un bus si quieres irte. Nadie te ha obligado a venir.

—Es demasiado tarde.

—¿Qué hora es? Las dos y media —se respondió a sí mismo mirando la pantalla de su móvil—. Y recordó que

tenía pendiente enviarle un mensaje a Sonia y telefonar a la señora Pell para ver si Brown estaba bien. Pensaba regresar al día siguiente.

—¿Las dos y media ya? pues sí que he dormido. Con razón tengo tanta hambre. ¿Nos vamos a comer?

Jürgen no respondió. Dejó el coche en el aparcamiento del Centro de interpretación de las minas de Riotinto y cuando salió del vehículo le dijo a Mercedes que no tenía ganas de comer, que se fuera ella si quería.

—Yo voy a visitar el centro de interpretación y las casas de los mineros. Después voy al nacimiento del río Tinto, quizás arroje las cenizas de mi madre allí.

—¡Pero si está contaminado y huele fatal!, —dijo ella.

—Pues precisamente por eso. Además, ¿tú que sabes?

—Oye guapo, que he ido al instituto.

—Serías una celebridad allí.

—No seas cínico, yo era muy modosita, lo que pasa es que la vida te lleva a sitios muy raros y a veces no se puede regresar de ellos. Todos nos equivocamos. ¿O es que tú nunca te has equivocado? Hay que saber perdonar y saber perdonarse.

—Me gustas más en modo puta que en modo filosófica.

—¡Vete a tomar por culo!...como te llames —dijo muy ufana mientras se alejaba del coche calzada con los tacones amarillos y el bolso al hombro.

—¡Jürgen! —le gritó él desde la distancia—, me llamo Jürgen.

—¡Vaya nombre! —respondió ella—, parece el nombre de un perro.

Pero Mercedes estaba equivocada, no en eso, sino en que el río Tinto estuviera contaminado, al contrario. En el centro de

interpretación supo que no fueron las explotaciones mineras de las compañías inglesas las que provocaron que sus aguas fueran ácidas y que el ph ni siquiera llegara a 2. Si olía a azufre y sus aguas no albergaban sino extrañas formas de vida era porque, al emerger, arrastraban azufre, hierro y multitud de metales pesados de un subsuelo rico en minerales, cianuro y otros elementos incompatibles con la vida. Visto así le pareció que aquel marciano y raro lugar era perfecto para arrojar las cenizas de una madre capaz de traicionar a su propio hijo. Y se repitió que ella había mentido en la carta que leyó en el camping. Él había vivido muchos años con el momento de la traición, y unas cuantas palabras no iban a cambiar todo eso. No había hecho más de 500 kilómetros para desechar ese recuerdo sin más, así que las cenizas de su madre iban a reposar en el lecho del hediondo e irisado del río Tinto.

En el centro de interpretación pasó casi dos horas viendo las diferentes exposiciones de minerales, leyendo los paneles y visionando una película que detallaba la historia geológica y minera de la comarca, no tenía prisa. Al terminar la visita pensó que ya no le daba tiempo a visitar la casa de los mineros, lo haría en la próxima vida y decidió poner rumbo al nacimiento del Tinto. En la recepción le habían dado un folleto donde había un plano con instrucciones claras para llegar hasta él.

La carretera serpenteó remontando una montaña hacia el Este. A medio camino, en el centro de la calzada, sobre la línea discontinua, vio lo que parecía un zapato de tacón, lo evitó y al hacerlo se dio cuenta de que era amarillo, idéntico a los tacones que llevaba Mercedes. Detuvo el vehículo, encendió los cuatro intermitentes de emergencia y se bajó a recogerlo.

—Juraría que es de esa loca —pensó—. Pero, ¿sólo uno?

Miró alrededor y no vio el otro zapato. Regresó al coche, lo arrojó al asiento trasero, junto a su madre, y prosiguió el camino. Los zapatos abandonados en una carretera dan miedo. Hay una historia dentro de cada uno de ellos.

Condujo por una estrecha carretera durante unos kilómetros más y dejó el coche aparcado a la derecha de la vía, en una explanada. Un cartel señalaba, aunque fuera de mala educación, la dirección con un dedo grande dibujado, Nacimiento del río Tinto. Cruzó al otro lado y se adentró en un sendero que descendía a una vaguada, unos postes de madera indicaban el camino a seguir, llevaba a la espalda una mochila con la bolsa de cenizas, —la urna la había dejado en el coche porque pesaba—. Las agujas crujían debajo de sus pies entre los pinares, luego el camino transcurrió paralelo a un hilo de agua pestilente y manso, las laderas estaban flanqueadas de retamas, el camino que iba salvando un ligero desnivel en dirección norte, en el fondo. Las aguas eran ácidas, irisadas, de un marrón férreo, apestoso, sulfurado, un lugar tan hermoso como fétido y, seguramente por una asociación de ideas producto de la educación religiosa, un paraje un tanto demoníaco. El agua estaba caliente, la tocó, ni siquiera se sabía si era agua, no tenía el color del agua, no se podía beber y apenas podía decirse que contuviera vida. A ambos lados las jaras trepaban por la falda de la montaña, los quejigos se encaramaban hasta las zonas más altas, mientras las flores del brezo de las minas se abrían paso entre las agujas que se acumulaban bajo los pinos.

Unos veinte metros delante de él, en medio del sendero, vio un conejo inmóvil, estaba sentado sobre sus patas traseras, petrificado como una escultura gris. Durante un buen rato el animal y el lugar estuvieron muertos, quietos, como si el

tiempo se hubiera detenido en ellos. La ausencia de viento y la quietud de las nubes aportaban al momento una sensación de instantánea. El lugar permaneció inanimado hasta que Jürgen cogió una piedra del suelo y se le lanzó para asustarlo, su mala puntería hizo que no le acertara al conejo pero sí a un gorrión que tuvo la mala suerte de estar en el lugar equivocado, el pájaro se quedó conmocionado. El conejo se asustó y huyó hacia su madriguera. Jürgen corrió hacia el lugar donde el pájaro yacía. Mentalmente se repetía que solo quería asustar al conejo, lo juraba. El pájaro respiraba aún, pero no se movía. Jota lo cogió y se lo acercó a la boca. Le echó el aliento para calentarlo, parecía un dios poderoso capaz de insuflar la vida. Alternativamente miró al animal y al cielo, como pidiendo consuelo o ayuda, porque no era capaz de reanimarlo él solo. En ese momento el pájaro comenzó a temblar, aleteó y se puso de pie en la palma de la mano, lo miró con la cabeza de lado como una gallina curiosa. Se estaba preguntando quién demonios es éste y qué hago yo aquí. Dio un saltito y sin esfuerzo salió volando desde su mano. Jürgen supo en ese instante que no se trataba de un milagro, no cayó en esa tentación. El gorrión tan sólo estaba conmocionado, qué susto, parecía un buen augurio. Se acercó la bolsa de las cenizas de su madre a la boca y exhaló su aliento dentro, pero no pasó nada. Se ve que aquello únicamente funcionaba con los pájaros. Las cenizas siguieron muertas.

Anduvo quince minutos más hasta llegar a un claro, en un montículo había un mural cerámico que anunciaba el nacimiento del Tinto. El cartel no dejaba lugar a dudas porque el Instituto Geológico y Minero decía que sí, que era justo allí donde nacía el Tinto. Por varios sitios brotaba la humedad a los pies del montículo, era un agua sulfurosa y anaranjada que iba

uniéndose en pequeños riachuelos que manaban por la zona hasta conformar un curso algo enclenque, olía fatal, eran las letrinas del infierno y Jürgen se detuvo a leer la información del cartel. Le sorprendió el hecho de que no sentía nada especial por estar justo en el nacimiento de un río. Ojalá mi corazón no fuera como una de estas piedras.

Antes de sacar la bolsa de cenizas de la mochila hizo sitio con el pie en el riachuelo que fluía encanijado y cubierto de placas de azufre por los depósitos sulfurosos, iba a arrojarlas allí. El azufre y el oro son viejos conocidos. Se manchó uno de los calcetines con una salpicadura. Había visto en el video que proyectaron en el centro de interpretación que una mancha de esas aguas era imposible de quitar. Abrió la mochila y sacó las cenizas, el móvil estaba encima de ellas y comprobó que había buena cobertura, así que, antes de arrojarlas, llamó a su vecina.

—¿Señora Pell? Sí, soy Jürgen, ¿qué tal va todo?

—Mal.

—¿Mal?, ¿qué ha pasado?

—Brown no se ha despertado esta mañana.

—¿Quiere decir que Brown ha muerto? Eso no puede ser.

—Lo siento.

—Qué disgusto ha debido de llevarse usted. Todo está saliendo mal.

—No te preocupes por él, sigue durmiendo. He llamado a una clínica veterinaria y han venido a llevárselo. Ya lo han cremado, te guardo las cenizas para que se las des al dueño.

—¿Más cenizas? —pensó. Y repitió —Lo siento.

—Lo siento.

—Lo siento.

Ninguno de los dos sabía quién era el último que tenía

que decir lo siento.

Colgó y en ese instante se acordó del perrito que nació después de atropellar a su madre y de la perra agonizando en la carretera y del niño con la mano quieta en el abdomen y de Brown gruñéndole a Ed cuando paseaban juntos y se puso a llorar desconsoladamente con la bolsa de cenizas de su madre traidora en la mano, y recordó el momento de la traición y el momento de su propia traición a Sonia, y no podía dejar de gemir ni de hipar, hacía mucho ruido al llorar, se limpió los ojos sin éxito con los antebrazos y se abandonó al llanto durante tanto tiempo que cuando terminó estaba exhausto, estaba tan cansado que sólo quería dormir, dormir como Brown y como su madre en una bolsa. Había llorado más de lo que lo había hecho durante toda su vida, probó el sabor de las lágrimas que se acercaban a la comisura de su boca y se sorprendió porque, efectivamente, eran saladas, quizás como lo eran las aguas del Tinto. Le habían dejado los ojos tan enrojecidos como si se hubiera lavado la cara en ellas. Empezó a hacer muecas con la cara para relajar la musculatura y se colocó las gafas de sol para disimular que había llorado. Le palpitaba la sien pero no había ni rastro del tumor, quizás se había licuado con el agua y la sal de los ojos, o se había disuelto porque era un azucarillo, uno de esos que te ponen en los bares para el café y que llevan impresa en el sobre una frase chispeante y obvia que no sirve para nada.

Guardó de nuevo la bolsa de las cenizas en la mochila y desanduvo el camino hasta el coche. Apoyada en el capó de su coche estaba Mercedes con cara de qué tal.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—Necesitaba dinero para el autobús y busqué un

cliente, me subí a su coche y me trajo por esta carretera, unos kilómetros más arriba. Decía que conocía un lugar tranquilo. Estaba a punto de hacerle un francés cuando le dije que me pagara antes. Me contestó que de eso nada, que el francés iba a ser gratis. Luego, me dio una hostia y me cogió del pelo, yo me quité un tacón y le di fuerte con él en la cabeza. Me soltó y salí de allí tan rápido como pude, iba dando cojetadas con el único tacón que llevaba puesto, me alejé de la carretera. Tengo los pies hechos polvo, mira, fijate. El tipo se marchó a toda velocidad y cuando lo vi largarse regresé de nuevo a la carretera y me puse a andar en dirección al pueblo. Después vi tu coche y decidí esperarte. Somos un equipo.

—¿Un equipo? Vaya equipo. Anda, sube. Tu tacón está en la parte de atrás —y señala con la cabeza hacia el asiento trasero.

—Eres un cielo de guiri. Me costaron una pasta.

—Ese cabrón debió de tirarlo por la ventanilla.

—Casi lo pilló con el coche. Anda que si pincho de nuevo y esta vez con tu tacón.

—¿Cómo voy a poder pagarte esto? —le dice a Jürgen mientras se acerca el zapato a la mejilla y le hace mimitos al tacón.

—Con un francés.

—Ni lo sueñes, Jürgen. Ya somos amigos, y a los amigos no se les hacen franceses para pagarles un favor.

—Has usado mi nombre. ¿No decías que era nombre de perro?

—No seas quejica, que pareces un cachorro. Por cierto, Jürgen, —repitió el nombre silabeando con retintín — tú has llorado. ¿Es que ya has tirado las cenizas de tu madre?

—No, no he llorado, es solo que me pican los ojos por

el azufre. Y tampoco he tirado las cenizas. Están ahí detrás. Mete la bolsa en la urna y a ti en tus asuntos.

—Vale. Uy, qué asquito —dijo con las narices arrugadas mientras se echaba hacia atrás y colocaba la tapa.

—¿Hacerle un francés a un desconocido te da menos asco que coger una bolsa con un pequeño montón de cenizas?

—Ay, contigo no se puede hablar.

—Pues no hables.

—Me callo si me dices adónde vamos ahora.

—A Yuste.

—¿Y eso?

—Allí murió un rey que era de origen alemán. Nunca he visto el monasterio.

—Sí, Carlos V.

—Olvidé que habías ido al instituto.

—Búrlate si quieres. Me viene genial, porque está muy cerca de Navaconcejo.

—Has prometido que ibas a callarte. Quedan más de tres horas de camino.

—Llegaremos muy tarde. ¿Quieres que llame a mi amiga para que nos reserve una habitación para esta noche? Mañana podrías acercarte al cementerio de los alemanes, está muy cerca de allí, al lado del Monasterio de Yuste.

—¿Qué es eso de El cementerio de los alemanes?

—Mi amiga Irina me lo dijo hace tiempo, es una historia preciosa. Mañana te la cuento, ahora he prometido estar callada. Conduce, que voy a llamarla.

El hotel era limpio y la habitación acogedora, sólo quedaba una disponible. La hospedería era una casa del siglo XIX rehabilitada con buen gusto y repleta de alfombras, aperos de labranza y chimeneas de piedra. Llegaron tarde y cansados y somnolientos también, durmieron profundamente en camas individuales. Un yugo de bueyes estaba fijado a la pared sobre sus cabezas, uno al lado del otro ellos habían formado sin proponérselo una curiosa yunta.

Al día siguiente, durante el desayuno, Mercedes se recreó en el relato, si se mostraba un poco fatua era porque por primera vez se sentía importante a su lado. Le explicó, más o menos, que el gobierno alemán decidió ubicar en un solo cementerio a los soldados alemanes que habían fallecido en territorio español durante la Primera y en la Segunda Guerra Mundial y cuyos restos estaban diseminados por cementerios de toda la península. Eran la tripulación de aviones que se habían estrellado o de algún barco que naufragó frente a costas españolas, aviadores de la Luftwaffe y marineros de barcos o submarinos. Como el rey Carlos V era de origen alemán, parte de su séquito se supone que debió de ser enterrado junto al Monasterio de Yuste, la cercanía de los terrenos que ocupa hizo que se eligiera ese emplazamiento para reunir las tumbas de aquellos hombres. En la zona lo conocen como El cementerio

de los alemanes.

Algo se iluminó en la cabeza de Jürgen, era una locura pero cabía la posibilidad de que su abuelo materno estuviera enterrado en aquel lugar. Dejó el desayuno a medias y subió a la habitación precipitadamente para recoger las pocas cosas que había sacado de la maleta. Pagó la cuenta y le rogó a Irina que cuidara de ella. Volvió a la mesa y le dio un abrazo a Mercedes, éste duró el tiempo suficiente como para que ambos supieran que se trataba de una despedida. No se dijeron ni una sola palabra, sólo intercambiaron una sonrisa en la que podía leerse claramente la palabra gracias.

En menos de 30 minutos Jürgen aparcó en la puerta del cementerio de los alemanes. No había nadie. Bajó unos escalones y se quedó traduciendo mentalmente una gran losa de mármol fijada sobre la pared con una inscripción en alemán:

«En este cementerio de soldados descansan 26 soldados de la Primera Guerra Mundial y 154 de la Segunda Guerra Mundial. Pertenecieron a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, submarinos y otros navíos de la armada hundidos. Algunos de ellos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por toda España, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde murieron. El Volksbund entre los años 1980–1983 los reunió en esta última morada inaugurada en presencia del embajador de la República Federal de Alemania en un acto conmemorativo hispano-alemán el 1 de junio de 1983. Recordad a los muertos con profundo respeto y humildad.»

Sobrecogido por la energía que el lugar irradiaba deambuló entre las cruces de granito, todas estaban sobre una alfombra

de césped, una cruz de piedra negra señalaba cada tumba. En ella se podía leer el nombre del soldado en una inscripción con las letras blancas, también el rango y su fecha de nacimiento y muerte, si es que estos datos se conocían. Al pie de algunas cruces había fotocopias plastificadas de fotografías en blanco y negro, pequeños ramos de flores secas, algún recuerdo que los descendientes y familiares habían dejado allí y que nadie se atrevía a tocar.

El silencio era parte del decorado, sólo escuchaba sus propias pisadas y el trino lejano de los pájaros. No se respiraba dolor, sino tranquilidad, no había ninguna esvástica ni señal alguna que recordara el pasado de aquellos hombres.

Repartidos por todo el campo, entre unas cruces y otras, había una veintena de enormes troncos de viejos olivos secos, a pesar de que lucía el sol sus brazos leñosos daban al lugar un aspecto fantasmagórico. Mucha vegetación circundaba el espacio, el cementerio está sobre una pequeña loma que había sido allanada y desde la cual podía contemplarse campos de cerezos y unas montañas a los lejos.

Se acercó de nuevo hacia la entrada del cementerio para buscar un plano del lugar. Lo encontró, las tumbas estaban numeradas, un índice en la parte inferior del cartel indicaba el nombre del soldado que en cada una de ellas había sido enterrado. Ninguno de ellos se apellidaba Schröder. Sintió en ese momento una pequeña decepción. Releyó los nombres de todos y cada uno de los soldados. Había algunas tumbas en las que no aparecía ningún nombre, unas cuantas de éstas estaban agrupadas en una zona del camposanto. Se acercó hasta ese lugar y descubrió con una mezcla de emoción y alegría contenida que sobre ellas podía leerse la inscripción: Ein Unbekannter

Deutscher Soldat, «Al soldado alemán desconocido». Sacó los brazos de la mochila que lleva a la espalda y cogió la urna que transportaba, se sentó en medio de ellas y rezó entre dientes lo que recordaba de una oración religiosa alemana, una frase que de niño su madre le había enseñado a recitar: Ich wollte hier bloß kurz Unterschlupf suchen und beten. Sólo deseo un momento de refugio y algo de oración. Después esparció sobre el césped las cenizas. Descansa en paz, madre.

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. <i>El breve verano de Nefertiti</i> . Hiber Conteris.....	1994
2. <i>El viaje</i> . Pura Azorín Zafrilla	1995
3. <i>Gato por liebre</i> . Eduardo García Pérez	1996
4. <i>La tercera vez</i> . Pilar Bellver.....	1997
5. <i>El farero de Sheringham</i> . Óscar Montero	1998
6. <i>La noche de Gulliver</i> . Elena Alemany	1999
7. <i>La piel que te hice en el aire</i> . Rafael Marín	2000
8. <i>Los mejores años</i> . Andrés Pérez Domínguez.....	2001
9. <i>El tren</i> . María Vila	2002
10. <i>Viento divino</i> . F. Javier Pérez Fernández.....	2003
11. <i>Las fauces del diablo</i> . Francisco José Jurado	2004
12. <i>El cornezuelo de cola azul</i> . José Antonio Palomares	2005
13. <i>Lo que esconde el cuadro</i> . Beatriz Olivenza Bernardo.....	2006
14. <i>Las cifras mandan, Balboa</i> . José Antonio Palomares	2007
15. <i>El fantasma de John Wayne</i> . Jaime Molina García	2008
16. <i>La joven del estanque</i> . María Luisa del Romero	2009
17. <i>La podredumbre y el mar</i> . Adolfo Muñoz Palancas	2010
18. <i>Los hijos de las sombras</i> . Iban Munárriz Vega	2011
19. <i>400 ASA</i> . Daniel Luna	2013
20. <i>Kilómetro treinta</i> . Rafael Serrano Bello	2014
21. <i>Corderos</i> . Ernesto Tubía	2015
22. <i>Visperas de nada</i> . José Carlos Díaz	2016
23. <i>El efecto avispa</i> . Chelo Sierra	2017
24. <i>Un punto rosa</i> . Pilar Tuero	2018
25. <i>Un hombre analógico</i> . Ignacio Borgoños.....	2019
26. <i>La hija del soldado desconocido</i> . Juan PardoVidal.....	2020

Este libro se terminó de imprimir
el 16 de enero de 2020,
festividad de San Sebastián,
en los talleres de Yeclagráfico.

